

BOLSILIBROS
BRUGUERA



SERIE

SERVICIO SECRETO

muerte de una mujer seductora

keith luger



Los periodistas habían invadido la oficina del investigador privado David Murray.

Las tres hermosas y bellas secretarias de Murray trataban de imponer orden en aquella jaula de locos.

La pelirroja Susan, la morena Elizabeth y Doris, la rubia platino, rivalizaban en contentar a las fuerzas de choque.

—Recuerden que son los caballeros de la Prensa —decía Susan.

Pero alguno de ellos no era un caballero porque Elizabeth pegó un chillido llevándose la mano a la cadera.

—¿Quién me pegó ese pellizco?



Keith Luger

Muerte de una mujer seductora

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1034

ePub r1.0

Lds 06.02.18

Título original: *Muerte de una mujer seductora*

Keith Luger, 1970

Cubierta: Manuel Brea

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





SS

SERVICIO SECRETO



Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

CAPÍTULO PRIMERO

Los periodistas habían invadido la oficina del investigador privado David Murray.

Las tres hermosas y bellas secretarias de Murray trataban de imponer orden en aquella jaula de locos.

La pelirroja Susan, la morena Elizabeth y Doris, la rubia platino, rivalizaban en contentar a las fuerzas de choque.

—Recuerden que son los caballeros de la Prensa —decía Susan.

Pero alguno de ellos no era un caballero porque Elizabeth pegó un chillido llevándose la mano a la cadera.

—¿Quién me pegó ese pellizco?

Cuatro periodistas se miraron unos a otros.

—No pongan esa cara de idiotas —agregó Elizabeth—. Uno de ustedes tiene las manos muy largas.

Doris, la rubia platino, estaba sentada sobre una mesa. Lucía minifalda como sus dos compañeras. Cruzó las piernas y dijo:

—Mi jefe me ha dado permiso para que me saquen, en lugar de él, en la primera plana.

Un periodista del *Star* sacudió la mano.

—Oiga, nena, esto no es un concurso de *Miss* Universo. Queremos a su jefe.

—No le daré una cita cuando me la pida, señor Harvey.

El veterano del grupo era Spencer Jefrey, un tipo de cincuenta años, premio Pulitzer.

—Señoritas, son ustedes muy monas. Siempre he dicho que David Murray tenía las tres mejores secretarias de Nueva York.

—Muy amable —contestó Susan con un gesto de coquetería.

—Pero también son tres brujas. Ésta es la vigésima vez que trato de establecer contacto con David Murray, después que ha

solucionado un importante caso. ¿Y qué es lo que pasa? Que se ha hecho humo. El señor Murray no tiene derecho a tratarnos así. Nosotros lo elevamos a la cumbre. Gracias a la Prensa, el señor Murray hace pagar a sus clientes los honorarios más elevados.

—Porque me juego el tipo —dijo una voz.

Todos miraron a sus espaldas. Allí estaba David Murray. Era alto, moreno, de piel bronceada. Se cubría con traje oscuro, camisa blanca y corbata azul. Su pelo estaba cortado a cepillo. Respiraba virilidad por todos sus poros.

Spencer Jefrey le sonrió.

—Por fin se dejó ver en la cueva.

Los periodistas se abalanzaron sobre Murray.

—Cuidado, muchachos, cuando quiera ser pisoteado por un rebaño de bisontes, me iré al Oeste.

El único que no se movió fue Spencer Jefrey. David caminó hacia él, mientras los otros periodistas disparaban sus preguntas.

—¿Cómo supo que Terry Curtis no murió accidentado?

—¿Qué le hizo suponer que Dick Pearson era el asesino?

—¿Cómo consiguió la prueba definitiva contra Dick Pearson?

David no contestaba a ninguna de las preguntas. Se detuvo ante Spencer.

—Conque vosotros me subisteis a la cumbre.

—Yo te di más publicidad que nadie.

—¿Y por quién ganaste el premio Pulitzer...? ¿Quién te contó el caso de la triste viuda, que, para consolarse, mataba en el parque a su clientela enviándole con anterioridad una rosa?

Spencer soltó un gruñido.

Los demás periodistas rieron.

—Caballeros, yo no quise admitir nunca que Terry Curtis hubiese muerto a consecuencia de un resbalón en el baño. Ya sé que muchos de ustedes también lo pensaron. Pero en una investigación criminal lo importante no son las conjeturas, sino probar los hechos.

—El fiscal del distrito admitió el accidente —apuntó un periodista.

—El señor fiscal y yo tenemos distintas oficinas.

Todos rieron las mordaces palabras de Murray.

Spencer Jefrey intervino:

—¿Con qué fue golpeado Terry Curtis?

—Con un bastón muy particular.

—¿Por qué era muy particular? ¿Era de oro?

—No, Jeffrey. El bastón había pertenecido al bailarín Fred Astaire. Lo utilizó en la película «Sombrero de Copa». Fred se lo regaló a Curtis hace unos años.

Los periodistas escribían febrilmente en sus cuadernos mientras se producían exclamaciones. Aquélla era una noticia buena, la que un director avisado necesitaba para lanzar millones de ejemplares.

—¿Dónde estaba el bastón?

—En la cabaña de verano que Dick Pearson tiene en los Addirondacks, cerca de Rapid City.

—Concretamente, ¿dónde encontró el bastón?

—Lo encontré en la mano de una rubia con muy poca ropa.

—¿Drogada?

—No, estaba ebria.

—¿Cómo supo que era el arma del crimen?

—La rubia no fue la mejor aliada de Dick Pearson. Me dijo que Dick había llevado el bastón a la cabaña determinada noche, justo la misma en que Terry Curtis fue muerto. Me llevé el bastón y lo hice analizar. Los del laboratorio encontraron partículas de sangre y de hueso suficientes para mandar a Dick Pearson a la silla. Y ahora, lo siento, pero no puedo seguir respondiendo a sus preguntas. He preparado un relato de siete páginas que mis secretarias pasarán a máquina. Cada uno de ustedes recibirá en su periódico el relato. De esa forma, no habrá ventaja para nadie.

Los periodistas protestaron porque querían seguir haciendo preguntas acerca del caso que David Murray había terminado la noche anterior.

—Sean buenos chicos y márchense.

—No nos eche el perro.

Se oyó un ladrido pero no era un can el que lo había soltado, sino un hombre que medía casi dos metros. Todos le conocían. Era Frank Hopper, el ayudante de David Murray, con atribuciones muy extensas ya que era guardaespaldas, chófer y confidente de Murray.

—Muchachitos, —dijo agitando un dedo como una morcilla—. No me enfaden o alguno se hará aguas menores.

Los periodistas se echaron a reír pero comprendieron la indirecta y empezaron a marcharse muy aprisa, quizá porque

querían llamar por teléfono con rapidez a su diario.

Sólo se quedó el veterano Spencer Jeffrey. Sacó un grueso cigarro del bolsillo superior de la chaqueta y lo mordisqueó.

—¿Cuánto le vas a cobrar a la heredera de Terry Curtis, David?

—Eres un materialista.

—Vamos, David, te conozco... La, heredera de Terry es su mujer, una muchacha que fue primera figura en Broadway y que tiene veintisiete años.

Las tres secretarias de David escuchaban aquello con la boca abierta.

David se pasó un dedo por el cuello de la camisa.

—Spencer, un día de éstos te voy a mandar al infierno.

El periodista soltó una risita y, con el cigarro entre los dedos, salió de la oficina.

Frank Hopper cerró la puerta.

Las tres secretarias se movieron al mismo tiempo hacia David.

—Jefe, —dijo Doris—, me encargó dos pasajes para Florida.

—Así es.

La pelirroja Susan levantó la barbilla.

—¿Para quién es el otro pasaje?

—Para mi abuelita.

Elizabeth puso un brazo en jarras y se contorneó un poco.

—¿Y dónde está su abuelita?

—La tengo que recoger.

—¿Del cementerio?

—No seas malpensada, Elizabeth. Mi abuelita vive en Carolina del Norte.

David dirigió una mirada de auxilio a Frank Hopper, y éste se dio por aludido.

—Muchachas, hay que trabajar. El jefe ya lo hizo antes que vosotras y él necesita ahora un poco de descanso.

David se frotó las manos y se metió en su despacho, seguido por la mirada de sus tres secretarias.

Frank entró después.

—Las chicas no han creído lo de su abuelita.

—Frank, ¿qué es lo que tengo yo, que cuando llega una mujer a mi oficina, al poco tiempo deja de creer en el cuento de Blancanieves?

Frank dio un suspiro.

—Si usted tuviese las manos atadas, no se llevaría esas decepciones.

—Pero si no me quejo, Frank.

David se sentó en el sillón giratorio, tras la enorme mesa que habría servido para la conferencia del Vietnam y la del desarme.

Entornó los ojos ensoñadoramente.

—¿Qué tal tiempo hace en Miami, Frank?

—Muy soleado. Ella se podrá poner el bikini.

—¿A qué hora es el vuelo?

—En dos horas. Tendremos que salir de aquí en treinta minutos.

—Saldremos. No habrá quien lo impida.

Frank preparó dos *whiskies*. Era su costumbre. Uno para su jefe y otro para él.

Los dos bebieron y luego David, con el vaso en la mano, dijo:

—Estaré ausente una semana. Las chicas se encargarán de todo. Échales una mano. —Eso quisiera, pero a ellas no les gustan los sustitutos.

En aquel momento sonó el teléfono.

David Murray hizo una señal a Frank para que lo cogiese.

—Es el número directo, jefe.

—Lo sé y por eso quiero que contestes. No estoy para nadie. Me marché a Florida. Sea quien sea.

Frank tomó el teléfono.

—¿Sí? La oficina de David Murray... Lo siento, señora Brook, pero el señor Murray no está... ¿Un asunto importante? Lo siento, señora Brook...

David le habló en voz baja.

—¿Peggy Brook, la actriz?

Frank le hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Dile que ya llegué.

—Señora Brook, espere. En este momento entra mi jefe.

El auricular pasó de una mano a otra.

—Hola, Peggy.

—David, querido, ¿cómo estás?

—La mar de bien. ¿Y tú, Peggy? Ya leí que ibas a dar una representación de «La Dama de las Camelias» a beneficio de la UNICEF.

—Te mandé una invitación. La representación es esta noche.

—Cuanto lo siento, Peggy. Tengo mucho trabajo.

—He seguido en los periódicos el caso de Dick Pearson. Enhorabuena. Otra vez acertaste. David, quisiera verte esta noche en mi camerino.

—Me temo que no puede ser, Peggy.

—Oh...

En la exclamación de Peggy Brook había una nota de decepción.

—¿Pasa algo, Peggy?

Del otro lado no le llegó la respuesta.

—Peggy, ¿estás ahí?

—Sí, David... Verás es que... tengo.

—¿Miedo a qué? No me dirás que temes a tu representación ante el público. Sé que llevas tres años sin actuar en un escenario. Pero estoy seguro de que sigues siendo la maravillosa actriz de siempre.

Peggy se echó a reír.

—Bueno, David, una actriz siempre tiene miedo cuando ha de pisar el escenario.

Especialmente cuando se trata de una sola representación. Pero no es la clase de miedo a la que me refería.

—¿No? ¿Y qué clase de miedo es?

—A morir.

—Peggy, ¿de qué se trata?

—Lo siento. No puedo decírtelo ahora. Pero no te preocupes. Si no puedes verme esta noche nos veremos mañana. ¿Quieres que almorcemos juntos?

—Tengo que viajar a Miami.

—¿Y cuándo volverás?

—Pensaba pasar allí unos días, quizá una semana.

—Ya.

Otra vez la decepción.

—Peggy, ese miedo a morir, ¿se refiere a que temes que te maten?

—Sí.

—¿Quién?

—No lo sé.

—¿Acaso te enviaron un anónimo?

—No fue por escrito. Me lo dijeron por teléfono.

—¿Qué te dijeron?

—Muy pocas palabras.

—Repítelas.

Hubo una nueva pausa y luego Peggy, dijo. —Señora Brook, va a morir muy pronto—. ¿Eso fue todo?

—Sí.

—¿Cuándo te llamaron?

—Ayer.

—¿Voz de hombre o de mujer?

—Hombre, pero era extraña. Pudo ser una mujer que simulaba la voz.

—¿Se ha vuelto a repetir?

—No.

—¿Tienes algún problema pendiente? No quiero meterme en tus asuntos íntimos, pero es necesario que me lo digas.

—David, no puedo ahora decirte nada. Los de la UNICEF están aquí fuera y hay también periodistas. Lo dudé mucho antes de llamarte. Pero, si no puedes hacer nada por mí...

—Iré al teatro esta noche —respondió David con decisión.

—Oh, no, David. No hace falta que suspendas tu viaje por mi culpa.

—Está ya suspendido, Peggy. Iré a tu casa en una hora.

—Gracias, David.

Murray colgó.

Frank exhaló el aire de sus pulmones.

—Adiós, bikini.

David se levantó.

—Llama a la señora Curtis. Dile que me tuvo que ir.

—¿Adónde?

—A Laponia. Un esquimal me contrató para buscar el oso que perdió.

David salió del despacho dejando a Frank con las cejas enarcadas.

Las tres eficientes secretarias estaban tecleando el informe que Murray había destinado a los periódicos y, todas al mismo tiempo, interrumpieron el trabajo y miraron a su jefe con el ceño fruncido.

—No vitoreen, muchachas. Pero ya no me voy a Miami.

—¿Se mejoró su abuelita, jefe? —preguntó Elizabeth.

—Sí, se puso mucho mejor.

Susan se ahuecó el cabello.

—Jefe, ¿no habló el otro día de llevarme a cenar a un club que está oscurecido con velas?

—Lo siento, Elizabeth, pero el deber me llama.

Doris preguntó:

—¿Y qué nombre tiene esta vez el deber?

—Peggy Brook —contestó David y salió de la oficina.

Frank lo siguió poco después a paso de carga.

—Ya estamos metidos otra vez en el lío —dijo mientras cruzaba la sala.

Al quedar a solas, las tres muchachas se miraron.

Y de pronto Doris se pegó una palmada en la mejilla y dijo:

—¡Madre mía! Peggy Brook, 37 años y un prodigio de la naturaleza: 93 de busto, 42 de cintura y 90 de cadera.

Las tres miraron hacia la puerta por donde se había marchado su jefe, y las tres pusieron una cara muy triste.

CAPÍTULO II

Sigues siendo una mujer seductora, Peggy.

—Eres muy gentil. David, pero debo tener una cara horrible.

—Yo diría que preciosa.

David Murray estaba en la alcoba de Peggy Brook.

La actriz, ante el espejo, terminaba de maquillarse. Había dicho que prefería hacerlo allí. Se trataba de una sola representación de la obra de Alejandro Dumas. Para esta solemnidad, en el teatro se había dado cita la mejor sociedad neoyorquina.

David encendió dos cigarrillos y le dio uno a Peggy.

El investigador privado miró la imagen de Peggy en el espejo.

—¿De quién sospechas?

—De nadie.

David respetó el silencio durante unos instantes.

—¿Has sabido algo de tu primer marido, Richard Foster?

—Sólo sé que Richard está en Nueva York.

—¿Qué hace ahora?

—Nada.

—¿Cuándo lo viste por última vez?

—Hace más de un año. Lo encontré en un club nocturno. Contaba chistes y el pobre lo hacía muy mal, entre otras cosas porque estaba ebrio.

—Como siempre, ¿eh?

—Sí, David, como siempre.

—Debe estar acabado como actor.

—Lo está.

—¿Se encuentra en la casa Albert Marvin?

Era el segundo y último esposo de Peggy Brook. Se habían casado tres años atrás. Albert Marvin era un director de teatro,

aunque había fracasado en Broadway.

—Sí, está en su cuarto.

—¿Irás contigo al teatro?

—Desde luego.

—¿Cómo marcha tu matrimonio con él?

—Regular.

—¿Por qué regular?

—Albert está muy poco en casa. A veces pasan dos o tres días sin que nos veamos.

—¿Por qué?

—Su trabajo.

—¿Qué trabajo?

—No seas cínico, David, Albert está dedicado enteramente al teatro. Es su pasión.

—¿Y cuándo dirigió una obra por última vez?

—Dirige muchas obras. El teatro no es sólo Broadway. Hay muchos teatros en ciudades próximas. Albert dirige personalmente un par de comedias al año. Pero es el jefe de un grupo. Se llama «Teatro Eterno». Hacen obras clásicas y de vanguardia. Son gente joven...

—Hablemos del tercer personaje.

—Deja a mi hija adoptiva.

—¿Por qué he de dejarla?

—Porque no quiero oír hablar de ella.

—Eso quiere decir que Margaret te trae problemas.

—Los normales en una chica de su edad.

—¿Y qué edad tiene? No la recuerdo. Hace más de tres años que no la veo.

—Ha cumplido dieciocho.

—¿A qué se dedica?

—Pinta.

—¿Qué es lo que pinta?

—David, eres corrosivo. No se dedica a pintar con brocha gorda.

—¿Arte concreto o arte abstracto?

—Tiene una pintura muy personal. Creo que mezcla ambas corrientes, aunque a ella no le gusta que le hablen de esas cosas.

—¿Novio?

—¿Conoces a alguna chica de su generación que lo tenga?

—Hay algunas.

—Muy pocas.

—¿Y quiénes son sus amigos?

—Hay un par de muchachos. Yo los confundo. Uno se llama Paul Harrison y otro John White. Pero son muy parecidos. Los dos tienen la barba crecida y se visten con ropas semejantes, ya sabes, esas blusas colores, esas cazadoras de piel de oveja...

—¿*Hippies*?

—No lo sé.

—Tendrá amigas.

—Hay varias, y también ellas se parecen unas a otras como gotas de agua.

—¿Algún nombre en especial?

—Hay una que se llama Sonia y, como yo las confundo, a todas las llamo Sonia. Eso irrita mucho a Margaret.

—Tiene su genio, ¿eh?

—Yo diría que tiene su personalidad. Como debe ser.

—La quieres mucho.

—Sí, David. La quiero y por eso no consiento que sospeches de ella.

—¿Te has preguntado si Margaret te quiere a ti?

Ella levantó la mirada y fijó sus ojos en la imagen de David que el espejo reflejaba.

—Eres un monstruo.

—¿Te quiere? —La voz de David subió de tono.

—¡Claro que me quiere!

Peggy giró bruscamente.

—Soy su madre.

—No lo eres.

—¡Lo soy...! La saqué de aquel orfelinato cuando sólo tenía seis años. Nunca conoció a sus padres porque fue abandonada por ellos y no dejaron ni su nombre escrito en un pedazo de papel...

—Sí, eso también lo sabe ella.

—¿Y qué?

—Que también sabe que no eres la mujer que sufrió los dolores del parto para traerla al mundo.

—¡Eres un bruto!

—Eso me dijo ayer Dick Pearson, antes de que le rompiese la

boca.

—Pero él era un asesino.

—Perdona, Peggy. Nos estamos acalorando.

Ella sacudió la cabeza y se apretó las sienes.

—Soy yo la que tiene que pedir disculpas, David. Ya lo ves, estoy nerviosa. Suspendiste tu viaje por mi culpa, y te estoy tratando como a uno de esos entremetidos periodistas que me preguntan por el color de mi camisón.

—¿Y cuál es el color de tu camisón? —sonrió él.

Ella también se echó a reír.

—Tengo muchos juegos. —Volvió a dedicarse al maquillaje.

—¿A qué hora fue la llamada, Peggy?

—Un poco después de las seis de la tarde.

—¿Quién había en la casa, aparte de ti y los criados?

—No estaba ninguno de los dos si es a eso a lo que te refieres. Ni mi marido ni Margaret.

—Es a lo que me refería.

Ella interrumpió otra vez el movimiento de sus manos cercanas al rostro.

—Soy una estúpida.

—¿Por qué?

—No he debido llamarte. Todo ha sido una broma.

—Ni tú misma lo crees.

—Es la primera vez en cinco años que voy a trabajar en Broadway. Soy una actriz famosa. He tenido enemigos entre mis colegas de trabajo. Esta función de «La Dama de las Camelias» ha sido muy aireada por la prensa, la radio y la televisión. Alguien tuvo envidia de que Peggy Brook, al cabo de tanto tiempo sin actuar, ocupase la primera plana, y decidió vengarse amenazándome por teléfono.

—¿Quién haría una cosa así?

—¡Yo qué sé! —gritó Peggy.

—¿Otra vez excitada?

La joven hundió la cabeza en el pecho.

David le puso una mano en el hombro y la apretó con suavidad.

—Cálmate, Peggy.

—Debo confesarte algo.

—Adelante.

—Creo que la amenaza era seria... Llámalo presentimiento, como quieras. Me han salido demasiado bien las cosas en los últimos veinte años. Me llegó el triunfo con demasiada facilidad. He interpretado las obras que he querido, y eso lo pueden decir muy pocas actrices. Sólo rodé dos películas en Hollywood, a pesar de que constantemente me han estado ofreciendo cantidades astronómicas. Me he retirado en la plenitud de mi vida física y, ya lo ves, ahora hasta los de la ONU me piden que trabaje en beneficio de los niños pobres del mundo. ¡Y vino a pedírmelo el propio secretario general...! Una vez me dijo algo mi madre. Murió cuando yo sólo tenía doce años. Pero he recordado siempre sus palabras.

—¿Qué fue lo que te dijo?

—«Por un año de felicidad, hay tres de desgracia». —Peggy hizo una pausa—. ¿Te das cuenta, David? Yo he tenido veinte años felices. Me tendrían que corresponder sesenta de desgracia —rió nerviosa—. Eso significa que voy a llegar a centenaria.

—Serás una viejecita muy mona. Te traeré rosas rojas, como a ti te gustan, aunque tenga que apoyarme en un bastón.

Peggy puso su mano en la que él apoyaba en su hombro.

—Eres un estupendo payaso.

—Gracias, señora Brook.

David se retiró hacia la puerta.

—Voy a la habitación de tu marido.

—No quiero que hables con él de la llamada.

—¿No lo sabe?

—Sí, lo sabe, se lo dije yo. Pero le molestarás con tus preguntas.

—Peggy, ¿me he hecho cargo o no me he hecho cargo de este asunto?

Peggy titubeó unos instantes mientras se mordía el labio inferior, pero finalmente sacudió la cabeza.

—Tú corres con la pelota, David.

Murray asintió.

—Perdona, Peggy, pero tengo que hacerte una pregunta, aunque resulte un poco macabra.

—Ya te entiendo. En caso de mi muerte, ¿quién se aprovecharía de ella?

—Muchacha lista.

—Un cincuenta por ciento de mis bienes serían para Margaret,

un cuarenta por ciento para Albert, y el diez por ciento restantes para Richard Foster.

—Así que Richard Foster tiene también su trozo de pastel.

—He pensado que él también me ofreció alguna felicidad. Hasta que le dio por el alcohol.

—¿Y en cuánto calculas tu herencia?

—No te lo puedo decir con exactitud.

—Aproximadamente.

—Millón y medio.

David encanutó los labios y lanzó un silbido.

—Eres una actriz muy rica.

—¿En qué sentido lo dices, farsante?

—En más de uno. Sigues siendo una mujer seductora.

CAPÍTULO III

David Murray abrió una puerta y se metió en un dormitorio.

Albert Marvin estaba bebiendo directamente de un frasco de *whisky*. Al oír ruidos, bajó el frasco y parte del *whisky* se derramó en la alfombra. Tenía una edad aproximada a la de su mujer, Peggy, y era alto, aunque no tanto como David, de cabello rubio, muy corto, cejas blancas y ojos azules.

—Maldito sea, polizonte, ¿por qué tiene que espiarme?

—Tranquilícese, Albert.

—Entró sin llamar.

—Acostumbro a hacerlo cuando estoy investigando un caso.

—¿Y qué maldito caso investiga?

—Peggy me dijo que usted lo sabía.

—Entiendo, se refiere a la llamada telefónica.

—¿Podría ser otra cosa?

—Es usted más estúpido de lo que creía, Murray. Le dije a Peggy que la llamada telefónica no tenía ninguna importancia. Me advirtió que lo llamaría a usted.

—Y quiso quitárselo de la cabeza.

—Sí, lo intenté, pero ya veo que no sirvió de nada.

—¿Y si se equivocase? ¿Y si alguien hubiese decidido matar a Peggy?

—Tonterías.

Albert levantó el frasco y bebió un trago.

David cruzó los brazos y se apoyó en la puerta.

—Vaya, parece que Peggy los elige borrachos.

Albert se limpió la boca con el dorso de la mano y miró a David con ojos fieros.

—Otro insulto como ése y le hago tragar el frasco.

—Si va a hacer que me lo trague, deje un poco de *whisky*. Me sentará bien.

—Se cree muy gracioso, ¿eh?

—Como intente hacerme tragar ese frasco, le voy a provocar el «*delirium tremens*»... a puñetazos.

Albert se puso rojo. Tiró el frasco a la cama.

—Inténtelo, bravucón.

—Primero quiero hablar con usted, Albert.

—¿Sobre qué?

—Sobre anónimos por teléfono.

—¿Supone que yo he amenazado a mi propia mujer?

—Supongo más que eso. Que usted intenta matarla.

—¡Maldito!

Albert se arrojó sobre David tirándole los dos puños a la cara. Primero el derecho, después el izquierdo.

David lo burló fácilmente con dos quiebro sucesivos, y replicó con un rechazazo al hígado.

Albert Marvin pasó del rojo al verde.

Cayó de rodillas hablando en un idioma que a David le pareció chino.

—¿Le traigo una toalla fría o caliente, Albert? —dijo el investigador—. Le conviene después del masaje.

—¡Puerco!

David le soltó una bofetada que sonó como un cohete.

Eso sirvió para que Albert se pusiese en pie. Trató de abalanzarse otra vez sobre David, pero éste lo paró con un izquierdazo en el plexo solar.

—Albert, tiene que ir al teatro con su mujer y no me gustaría estropearle la cara.

Marvin se apoyó en la pared porque se había quedado sin respiración y tuvo que llevar oxígeno a sus pulmones.

—¿Va a contestar ahora a mis preguntas, Albert?

—Hágalas, bastardo.

—Ahí va la primera, hijo de perra. ¿Dónde estaba usted ayer a las seis de la tarde?

—En un teatro de Nueva Jersey.

—¿Qué teatro?

—El Victory.

—¿Con quién estaba usted?

—Con unos cuantos actores y actrices.

—¿Y qué hacían?

—Ensayábamos una obra.

—Imagino que en el teatro hay teléfono.

—Lo hay.

—Usted pudo hacer la llamada a su mujer aprovechando una pausa.

—¿Por qué iba a hacer una cosa así? Si yo quisiese la muerte de Peggy, no se la habría anunciado.

—No está mal.

—Por eso creo que se trata de una broma o la obra de un loco.

—¿Sabe lo que le corresponderá si Peggy muere?

—Un cuarenta por ciento de sus bienes.

—Un cuarenta por ciento de un millón y medio de dólares, no está mal para un director de teatro que ha fracasado.

—¡Yo no he fracasado!

—Oh, claro, son calumnias.

—No espero que usted comprenda mi arte, señor Murray.

—¿Y qué me dice de los críticos más famosos? Ellos lo crucificaron y no yo.

—Esos críticos saben de teatro menos que usted.

—Al parecer, es usted el único que sabe de teatro. Pero dejemos ese tema. ¿Quién es su amante?

—¿Cómo?

—Le pregunté por la amiguita.

—¡Bastardo!

—Eso ya lo dijo. Sea un poco más original.

—¡Gusano!

—Tiene un buen repertorio. Pero el mío es mucho mejor. Chupóptero.

—¿Qué ha dicho?

—Vive a costa de una mujer. Ande, dígame, ¿cuánto gana dirigiendo sus obritas de teatro?

—Me pago mis gastos.

—¿Quiere decir su *whisky* y su tabaco?

—¡Salga de aquí!

—Todavía no terminé.

—Déjeme en paz.

David le apuntó la cara con el dedo.

—Voy a investigarlo, Albert, y con ello quiero decir que lo pondré bajo el microscopio y, si me ha mentido y es usted quien le ha organizado el susto a su mujer, bailaré un zapateado español sobre sus costillas.

Ahora el rostro de Marvin tenía otro color. Estaba pálido.

—¡Fuera, polizonte!

—Me voy porque quiero.

David salió dando un fuerte portazo.

Alguien que venía corriendo por el pasillo tropezó con David.

Un cuaderno cayó en el suelo y se abrió mostrando una página.

David cogió el cuaderno.

—Dibujas muy bien.

Miró a los ojos de la persona que había tropezado con él. Era Margaret Brook. La última vez que la vio era una niña, pero ahora tenía delante una mujer, una espléndida mujer.

Margaret Brook, la hija adoptiva de Peggy, era esbelta, de rostro muy bonito, ojos azules. Su cabello era rubio y estaba cortado a lo chico. Pero ella tenía cosas por las que no se la podía confundir con un chico.

Ella ladeó la cabeza, miró a David fijamente y dijo:

—Usted fue mi amor.

—¿Qué?

—Me enamoré de usted cuando yo tenía quince años, David Murray.

—Qué lástima no haberlo sabido.

—Pero ahora es una birria.

—Los inviernos no pasan en balde. Y se hace uno tan viejecito...

—Para usted todavía habrá mujeres.

—Sí, las hay, y eso es una suerte para mí.

—Hasta la vista.

David la tomó del brazo.

—Espera, Margaret.

—Tengo prisa.

—Todos vamos al mismo sitio.

—¿Se refiere al teatro donde actuará mi madre?

—Sí.

—Yo no voy.

—¿Por qué no?

—No me gusta la gente estirada.

—¿Y quiénes te gustan?

—Los míos.

—¿Quiénes son los tuyos?

—Los sinceros. Los que no tienen dobleces.

—¿Has encontrado muchos?

—Los bastantes para considerarme a gusto entre ellos.

—¿Y con quién te encuentras más a gusto?

—¿Por qué me hace tantas preguntas, señor Murray...?

—A veces son necesarias. Dime, ¿sabes que amenazaron de muerte a tu madre?

—¿De muerte?

—Sí, eso dije.

—No, no lo sabía.

—Pues lo hicieron.

—¿Con una carta?

—No, le hicieron una llamada telefónica. Una voz que parecía de hombre.

—¿Qué le dijeron?

—Que va a morir. Ocurrió ayer por la tarde a las seis. ¿Dónde estabas tú entonces?

Los ojos de Margaret se convirtieron en rendijas.

—¿Piensa que amenacé a mi madre?

—No, no lo creo. Y te aseguro que ahora soy de los sinceros. He pensado que fuese algún amigo tuyo. Quiso gastar una broma a tu madre.

—Olvidelo.

—¿No consideras a uno de tus amigos capaz de hacer una cosa así?

—Claro que no. Y ya me hizo perder demasiado tiempo.

—¿A dónde vas?

—No es asunto suyo.

La joven se apartó de David y bajó por la escalera sin volver la cabeza.

La puerta de la habitación de Peggy, estaba abierta y la actriz salió.

—No debiste hacer eso, David.

—¿Nos escuchaste?

—No tuve más remedio. Salía cuando tú y Margaret estabais hablando.

—¿Sabes lo que tiene mi profesión?

—Cosas muy desagradables.

—Sí, Peggy. Pero las tenemos que hacer porque sólo de esa forma se logra sacar la verdad.

Peggy pasó junto a David y llamó en la puerta de la alcoba de su marido.

—Albert, es la hora.

Marvin abrió dejándose ver en el hueco.

—Querida, me retrasaré. Recibí una visita inesperada y me desarregló un poco. Nos veremos en el teatro. ¿Te importa?

—Como tú quieras.

Albert cerró la puerta.

Peggy dio un suspiro.

—Parece que despertaste muy pocas simpatías entre los miembros de mi familia, David.

—Ahí tienes una de las cosas desagradables.

—Viajaré en el coche que las Naciones Unidas ha puesto a mi disposición. Un representante de la UNICEF me está esperando abajo.

—No te preocupes. Iré en mi coche. Éxito, Peggy.

—Gracias.

CAPÍTULO IV

Peggy Brook estaba realizando su mejor actuación en un escenario.

Su interpretación de Margarita en «La Dama de las Camelias», era algo apasionante.

La sala estaba colmada de espectadores.

David Murray ocupaba la última butaca de la tercera fila.

La crema de la ciudad de Nueva York estaba allí, como cabía esperar, a la que se agregaba la nata de la diplomacia. Pero lo que más le gustaba a Murray eran los cremosos escotes. Los había por docenas, algunos maravillosos, luciendo joyas de todas clases. Aquel público era el sueño dorado de un ladrón internacional. Un botín de muchos millones de dólares. Pero la Policía también lo había comprendido y el teatro estaba siendo muy vigilado.

David decidió dar una vuelta por entre bastidores.

El viejo que guardaba la puerta ya le conocía porque había entrado antes de comenzar la función.

—¿Alguna novedad, señor Holmes?

—Entraron y salieron muchos, señor Murray. Hoy es un día de locura. Yo no puedo controlar esto. No quise dejar pasar a un tipo y me insultó porque dijo ser el secretario de una Embajada. Me amenazó y yo, al final, lo dejé entrar. Otros también se han insolentado conmigo. ¿Sabe lo que le digo? Que estoy deseando que acabe todo esto y marcharme a casa.

David le dio una palmada en la espalda.

—Le diré algo en secreto, señor Holmes. Yo también estoy deseando que esto acabe... sin daño para nadie.

Encontró a Albert Marvin a un lado del escenario, desde el que podía ver a su mujer actuando.

La obra estaba llegando a su fin.

Margarita iba a morir en brazos de Armando.

—¿Qué tal, Albert?

Marvin le dirigió una mirada por encima del hombro.

—¿Todavía aquí?

—¿Vio algo anormal?

—Sí.

—¿Qué cosa?

—A usted.

—Muy bonito el chiste.

—No veo que se ría.

—Es que no me hizo ninguna gracia.

—Tampoco me río yo de los suyos.

—¿Ha visto al primer marido de Peggy?

—No, no lo vi. ¿Debería estar?

—Era sólo una pregunta.

Peggy Brook se estaba muriendo en escena. Era el momento culminante de la obra. La actriz se estaba superando a sí misma. El actor que interpretaba el papel de Armando se llamaba James Kisser, y era un joven de veintidós o veintitrés años, como correspondía al galán que se enamoraba de la tísica dama de las camelias.

Desde la posición que David ocupaba, parecía que el teatro estaba vacío, ya que no podía ver el patio de butacas, tal era el silencio religioso con que los espectadores estaban escuchando las últimas palabras de Peggy Brook en su fabulosa interpretación.

Y terminó la obra.

El telón bajó tras la muerte de la actriz.

Siguió un silencio que hería los tímpanos. Y de pronto, como en un mar embravecido, llegó una ola. Era algo que se oyó como un eco lejano y que se fue acercando y que por fin estalló como si golpease contra las rocas. Y luego, a la ola, siguió una tempestad, una ovación atronadora en la que se mezclaban los bravos.

El actor James Kisser se incorporó sonriendo, feliz, entusiasmado.

Tendió una mano hacia Peggy, que yacía en el lecho.

El telón se alzó. El actor, sorprendido, sonrió al público.

Pero Peggy Brook no se movía.

David sintió un escalofrío por la espalda.

Albert Marvin aplaudía rabiosamente, gritaba.

—¡Maravillosa, querida...! ¡Genial, Peggy!

James Kisser alargó otra vez el brazo hacia Peggy, la tomó de la mano y tiró suavemente.

Pero Peggy no acompañó aquel impulso.

Entonces David echó a correr y se metió en el escenario.

Los espectadores seguían aplaudiendo, quizá porque creyeron que el investigador privado era el director de escena.

—¡Apártese, Kisser! —dijo David.

Se inclinó sobre el lecho y cogió la muñeca de Peggy.

El corazón le dio un vuelco porque no sintió el pulso de la actriz.

—¡Un doctor! —gritó.

Aquellas palabras produjeron un formidable impacto entre los espectadores. Muchos habían dejado de aplaudir.

David tomó en brazos a Peggy y echó a correr hacia donde estaba Albert. Éste, con una expresión estúpida en el rostro, preguntó:

—¿Qué pasa?

—No se quede ahí como un idiota. ¡Busque a un doctor! ¡Rápido!

El director de escena, Peter Murcell, que había compartido los éxitos de Peggy en Broadway en no menos de seis comedias, corrió detrás.

—¿Qué le pasa a Peggy, señor Murray?

—Parece muerta.

—Debe haber sido su actuación. Ha habido otros casos.

—Me temo que se equivoca, señor Murcell.

Entró con ella en el camerino.

Para ese entonces, detrás corría mucha gente.

—¡Cierre esa puerta, Murcell! ¡No deje entrar a nadie!

David palmeó las mejillas de Peggy y le hizo la respiración boca a boca.

Un doctor llegó con Albert Marvin.

La gente se apiñaba en el corredor.

Albert presentó al médico.

—Es el doctor Dalton.

El doctor Dalton empezó por tomar el pulso a Peggy.

—¡Dios mío!

—¿Qué ocurre, doctor? —preguntó Albert Marvin.

Dalton no contestó. Abrió los párpados de Peggy luego puso su mano sobre el corazón. En el camerino reinaba un silencio, pero fuera se oía un terrible griterío que iba en aumento.

El doctor, al fin, volvió la cabeza hacia el marido de Peggy Brook.

—Lo siento, señor Marvin, pero ya no se puede hacer nada.

—¿Cómo? —preguntó Albert parpadeando, con una expresión de asombro.

—Su mujer ha muerto.

David Murray cerró los ojos con fuerza y los volvió a abrir. Se maldijo en su fuero interno. Peggy Brook había confiado en él y el resultado allí estaba. Peggy Brook ya había dejado de vivir. Cerró los puños hasta clavarse las uñas en la carne. El asesino había lo grado su propósito. No había amenazado en vano por teléfono.

Y él, David Murray, había fracasado.

—¡Usted maldito! —gritó Marvin.

Levantó los ojos porque sabía que Albert sólo se podía referir a él.

Murray no le dijo nada.

El rostro de Albert estaba desencajado.

—¿Qué clase de investigador es usted...? ¡Ella se lo dijo! ¡La habían amenazado de muerte!

—Usted creyó que era una broma o la obra de un loco —le recordó David—. Y era el marido. Y trató de que ella no me llamase.

—Yo sólo soy un director de teatro, pero usted era un investigador. ¡Y lo consideran uno de los mejores!

—Lo soy.

—Pero usted le falló a Peggy. ¡Le falló miserablemente! ¡Es usted un canalla! ¡Le voy a romper la cara!

—Será mejor que no lo intente.

—¡Le haré pedazos!

—Conténgase, Albert.

Sin embargo, Marvin no se contuvo. Se lanzó sobre Murray. Éste le pegó en las narices. Albert cayó despatarrado en el suelo.

Sus narices estaban reventadas y echaban sangre a borbotones.

David abrió la puerta del camerino de un tirón. Vio a la gente

allí fuera. Entonces dijo:

—Peggy Brook ha muerto.

Aquellos rostros mostraron el asombro, o la estupidez, o la consternación.

David no esperó más. Se abrió paso por entre las personas que llenaban el corredor.

En el camino, vio la puerta del camerino de James Kisser. La abrió.

El actor estaba siendo besado por dos mujeres al mismo tiempo.

—¿Cómo está Peggy? —preguntó Kisser entre beso y beso.

—Muerta.

James se quedó muy serio.

—Murió en escena. Se refiere a eso, ¿verdad, señor Murray?

—Al morir en escena, murió de verdad.

—¡Dios mío, no!

—Acompáñeme, James.

—¿Adónde?

—Al escenario.

—No puedo. Las piernas no me sostienen.

—Déjese de tonterías y venga conmigo, o lo llevo a rastras.

Atrapó a James Kisser del brazo y tiró de él.

Otra vez David tuvo que abrirse paso a empujones, llevando siempre consigo a James Kisser.

En el escenario, dónde había sobrevenido la muerte de Peggy, no había nadie.

—¿Por qué me trae aquí, señor Murray? —preguntó el actor.

David se acercó a la cama donde Peggy Brook había muerto, supuestamente tuberculosa, en su actuación como Margarita.

En la mesilla de noche había un vaso de leche por la mitad. David tomó el vaso con un pañuelo y lo olfateó.

—¿Qué hace, señor Murray? —preguntó de nuevo Kisser.

—James, estoy seguro de que esta leche fue envenenada.

—¿Qué?

—Reaccione y no me conteste con preguntas tontas. Quiero atrapar al asesino de Peggy Brook, aunque sea lo último que haga en mi vida.

—¿Asesinada?

—Sí, eso hicieron con Peggy Brook. La mataron.

—¡Dios mío!

—Conteste ahora. Vi cómo le alargaba varias veces el vaso para que ella bebiese.

—Es lo que teníamos que hacer, según lo habíamos ensayado. Yo tenía que darle el vaso tres veces.

—¿Bebió las tres?

—Sí, pero sólo un trago cada vez.

—¿No notó que a ella le repeliese el primer trago?

—No, señor. Ninguno de ellos. No hizo nada especial después de cada vez que bebió. Y si lo hubiese hecho, yo no me habría dado cuenta, señor Murray. Quiero decir que yo estaba interpretando mi papel. Cada actor vive el suyo. Para el público forma un conjunto. Ellos establecen la relación entre el actor y la actriz. Pero yo, al menos, no me preocupé de mi pareja.

—¿Quién trajo este vaso aquí?

—El regidor.

—¿Quién es el regidor?

—Lee Dennis.

—¿Quién más pudo tener acceso al vaso?

—El director de escena.

—De acuerdo. Reúname en su camerino a Lee Dennis y Peter Murcell. En cinco minutos.

Y no quiero a nadie más. ¡Eche de allí a sus admiradoras!

El desconcierto era cada vez más grande.

Los periodistas ya estaban en acción y la policía se veía impotente para contener aquel «maremágnum».

David entró en el camerino de Kisser, el cual había logrado reunir al director de escena Peter Murcell y al regidor Lee Dennis.

Kisser les debía haber contado algo acerca del envenenamiento porque Murcell y Dennis miraron el vaso que David sostenía con la diestra.

—¡Yo no eché nada dentro! —exclamó Lee Dennis—. ¡Sólo leche! ¡Se lo aseguro, señor Murray!

—¿De dónde sacó la leche?

—De una jarra. Se la he traído.

La jarra estaba sobre el tocador de Kisser. Era de plástico blanco. Había leche todavía para un vaso.

David la olfateó.

—Esta leche no está envenenada. Sólo envenenaron el vaso, señor Dennis. Cuénteme lo que hizo con este vaso que debía beber Peggy Brook.

—Tenía la jarra en el escenario, en donde yo estoy, a la derecha, y antes del penúltimo cuadro, llené el vaso para tenerlo preparado.

—¿Se quedó allí?

—No, no me quedé. Dejé el vaso en la bandeja y me marché.

—¿Cuántas personas pudieron tener acceso a ese vaso?

—Muchas.

—¿No vigiló el escenario?

—Allí había mucha gente, casi medio centenar. Constantemente estaban entrando y saliendo. No era una representación normal.

—De eso puedo hablar yo —intervino Peter Murcell, el director de la obra—. Quise que sólo permaneciesen en el escenario las personas que tuviesen alguna relación con la obra. Pero mis órdenes no pudieron ser cumplidas y llegó un momento en que allí estaba quien quería, Me cansé de dar gritos en el momento oportuno, y luego no tuve más remedio que aceptar aquel desconcierto. Ni usted mismo hubiese conseguido echar a la gente si se lo hubiese propuesto. Todos alegaban derechos para estar allí. Me enseñaron varias credenciales de la ONU... Sólo deseé una cosa. Que aquello terminase pronto.

David se dirigió otra vez a Lee, el regidor.

—Señor Dennis, ¿cuánto tiempo transcurrió entre que usted llenó el vaso de leche y lo sirvió en el escenario?

Lee Dennis se mordió el labio inferior.

—Aproximadamente unos veinte minutos.

David sacudió la cabeza con desaliento. El asesino había dispuesto de la mejor oportunidad para envenenar el vaso de leche. En el escenario había mucha gente y pudo acercarse en cualquier momento al vaso de leche para echar el cianuro.

CAPÍTULO V

David Murray no tenía nada que hacer en el teatro.

Valiéndose de los codos, y a empujones, se dirigió a la salida.

Spencer Jefrey le cortó el camino.

—Hola, sabueso.

—Déjame en paz ahora, Spencer.

—Un rudo golpe para ti. Sé que eras amigo de Peggy Brook. ¿Qué harías aquí? ¿Sólo viniste como admirador o en acto de servicio?

—Vete al infierno.

—Estamos ya en el infierno —le sonrió el periodista.

—Spencer, rompí unas narices y estoy deseando romper otras.

—Entonces vete con Richard Foster. Imagino que habrá ido a ahogar su pena en alcohol.

David lo miró a los ojos.

—¿Viste a Richard Foster?

—Sí, al primer marido de Peggy.

—Ya sé que fue el primer marido de Peggy. ¿Dónde lo viste?

—Hace un momento. Salió de aquí. También estaba impresionado aunque le saqué unas cuantas cosas.

—¿Qué fue lo que te dijo?

—Le pregunté qué tal se sentía después de la muerte de la actriz que había sido su esposa. Y él me contestó que estaba hundido.

—Gracias, Spencer.

—De nada.

David llegó a la calle.

Richard Foster había sido un dipsomaníaco. Mientras estuvo casado con Peggy Brook, ella logró su consentimiento para internarlo en una clínica. Pero el tratamiento no sirvió de nada. Al

cabo de algún tiempo, Richard volvió a las andadas. Estaba ebrio la mayor parte del día y al fin Peggy se decidió a pedir el divorcio.

Vio un bar que se anunciaba con grandes luces de neón. No, allí no estaría Richard. A Foster le gustaban los tugurios. Un poco más adelante descubrió un callejón. En el fondo había otro local expendedor de bebidas con un anuncio pequeño.

Richard Foster estaba sentado ante una mesa, con una botella de *whisky* y un vaso delante. Vestía una chaqueta a cuadros y pantalón gris.

—Buenas noches, Richard.

Foster levantó los ojos, cuyo blanco estaba surcado por venillas que resaltaban mucho.

—Lárguese. No quiero hablar con nadie.

David se sentó frente a Richard.

—Le dije que se fuese.

—Tranquilo, Foster, tranquilo.

Richard no dijo nada y se sirvió una copiosa ración de *whisky* que bebió de un solo trago. Se volvió a servir.

—¿Por qué fue esta noche al teatro, Richard?

—Porque me dio la gana.

Fue a llevarse el vaso a la boca pero David le sujetó por la muñeca.

—Quite esa zarpa, Murray.

—Se acabó la bebida.

—¿Qué dice?

—Que no va a beber más.

—¿Por qué? —preguntó Richard con ferocidad.

—Porque a mí me da la gana.

Richard dio un tirón tratando de desasirse, pero no le valió de nada porque David lo sujetaba férreamente.

Luego, Murray, con la otra mano, le soltó dos bofetadas.

Los pocos clientes que había en el bar miraron hacia aquella mesa pero sólo fue por un momento, y luego dejaron de prestar atención porque no les importaba.

Los ojos de Richard se llenaron de lágrimas.

—¿Qué es lo que ha hecho, bastardo?

—Hice esto —le contestó David y le soltó otras dos bofetadas.

Un lagrimón cayó de cada ojo de Richard y le resbaló por cada

mejilla.

Se desmoronó como un niño de seis años al que hubiesen vapuleado.

Dejó el vaso y hundió la cabeza en los brazos y se puso a sollozar.

David cogió la botella y bebió un trago. Encendió un cigarrillo para hacer tiempo. Pasaron unos minutos y Richard levantó la cara.

—¿Qué quiere, Murray? Peggy Brook está muerta. Yo la quería. La quería mucho. Siempre la quise.

—Termine de conjugar el verbo querer.

—¡Maldito sea! ¡No se burle de mí!

—A Peggy Brook la asesinaron.

—¿Qué?

—¿No lo sabe?

—Claro que no lo sé. No está diciendo la verdad. ¡No la está diciendo!

—La leche que bebió en el último cuadro estaba envenenada con cianuro.

Richard se quedó con la boca abierta.

—Déme un trago de *whisky*, Murray.

—No.

—¡Déme un trago, maldito!

—No va a beber.

Antes de que Richard cogiese el vaso, David lo atrapó y arrojó el *whisky* al suelo.

Continuaba con la botella en la mano y bebió ante las narices de Richard.

Foster se pasó la lengua por los labios. Tenía una expresión idiota en el rostro.

—Por lo que más quiera, Murray. Deme un trago.

—Primero la confesión.

—¿Qué confesión?

—Usted la mató, Foster.

—¿Yo? ¡No podía matarla!

—Tuvo la oportunidad. El vaso estuvo en la bandeja veinte minutos.

—¡No...! ¡Yo no lo hice!

—Usted no quería a Peggy, la odiaba con todas sus fuerzas. La

odiaba tanto que quería olvidar sus éxitos. Y por ello empezó a beber. Conozco su historia del principio al fin. Es inútil que trate de fingir conmigo. No le va a servir...

—¡Lo estrangularé, cerdo!

David echó la cabeza hacia delante y le sonrió.

—Yo le facilitaré las cosas, Foster. Ande, suba las manos a mi cuello. Ande, súbalas y le parto las dos muñecas.

Richard no se atrevió a levantar las manos hacia la garganta de David.

—Sus manos no sirven para nada, Richard. Ni siquiera para sujetar un vaso de *whisky*. Le tiemblan demasiado... Usted llamó ayer a Peggy.

—No.

—La llamó por teléfono a las seis de la tarde.

—No.

—Le dijo que iba a morir.

—¡No!

—Y cumplió su promesa matándola esta noche.

—¡No lo hice...! ¡No lo hice!

Otra vez los clientes volvieron la cabeza y ahora tardaron un poco más en apartar los ojos de aquella mesa.

—Oiga, Murray, le admitiré algo.

—Adelante.

—La odiaba. Sí, es cierto, la odiaba. No hizo nada por mí. No lo hizo. ¡Sólo humillarme! —Usted nunca comprendió a Peggy. Ella lo quería. Trató de salvarlo de la embriaguez... Pero usted no colaboró con ella... No, usted no quiso aceptar su ayuda porque estaba lleno de orgullo y de odio.

—Ella me odiaba. También me odiaba.

—No, pero llegó un momento en que Peggy comprendió que usted sólo se podría encontrar a sí mismo si ambos se separaban.

—¿Quién se lo dijo?

—Ella misma me lo dijo.

—Era una excusa de Peggy.

—No, no era una excusa. Y Peggy le ha dado la mejor prueba.

—¿Qué prueba?

—Usted ha heredado un diez por ciento de sus bienes. Y le supone alrededor de ciento cincuenta mil dólares.

Richard tenía ahora los ojos fijos en David. Sus labios seguían entreabiertos.

—¿Qué dice a eso, Richard?

Movió la cabeza en sentido negativo.

—Es un pésimo actor, Richard.

—Lo sé.

—Y ahora también está haciendo una mala actuación.

—¿Qué quiere decir?

—Que usted sabía lo de la herencia.

—No, no lo sabía.

—Pudo saberlo y por eso la mató... Para heredar su tajada.

—¡No piense eso de mí!

—Le pregunté el principio por qué había ido al teatro esta noche. Ha admitido que odiaba a Peggy. ¿Por qué diablos fue entonces? ¡Dígalos!

—Esperaba que Peggy fracasase.

—¿Fracasar Peggy? ¿Por qué iba a fracasar?

—Llevaba tres años sin actuar y una artista pierde la forma con mucha facilidad.

—No, si es una verdadera actriz. Y Peggy lo era.

—Maldita sea, fui porque esperaba que fracasase. Y eso también se lo confieso. —¿Quién de los dos es el cerdo, Richard?— dijo David levantándose.

Había dejado la botella libre y Richard se apoderó de ella, pero David le impidió beber porque lo agarró otra vez.

—Si la ha matado usted, lo llevaré a la silla, Richard.

Luego, David le dejó el brazo libre y salió del bar.

CAPÍTULO VI

Walter Taylor era un músico. Tocaba la trompeta en el club juvenil La Horda.

Formaba parte de un cuarteto.

Estaban interpretando un número cuando David entró.

El investigador miró a Walter y le hizo una señal, y cuando el músico le contestó con una cabezada, se fue al mostrador.

Pidió un *whisky* y lo bebió mientras fumaba un cigarrillo.

En la pista había media docena de parejas bailando sueltas un ritmo de moda. Todos eran muchachos. Pero David ya había visto que allí no se encontraba Margaret Brook.

Se acabó el número y entonces unos altavoces dieron música de disco.

Walter llegó al lado de Murray.

—¿Cómo estás, David?

—Muy mal desde que mataron a Peggy Brook.

—Lo oí hace un rato por el transistor. ¿Qué tienes que ver con eso?

—Yo estaba allí para que no la matasen.

—Mal asunto.

—¿Conoces a la hija de Peggy? Se llama Margaret.

—Sí, sé quién es, pero hace mucho tiempo que no viene por aquí, como unos cuatro meses.

—¿Dónde va?

—No lo sé pero me puedo informar.

—Te lo voy a agradecer.

Walter se marchó y David vio cómo hablaba con una pareja de muchachos que estaban en una mesa.

Walter regresó enseguida.

—La información no es segura, pero Margaret Brook podría estar en Los Sótanos.

—¿Qué es eso?

—Un lugar que hay en Greenwich Village. Calle Canal.

—Gracias.

—Ten cuidado.

—¿Por qué?

—Aquella gente es aficionada a enseñarles el cuchillo a los forasteros.

—Tengo una buena cuchillería en casa de los que intentaron matarme con un arma de ésas. Y quizá me falte una para mi colección.

Le alargó un billete de cinco dólares pero Walter lo rechazó.

—Un favor no se cobra a un amigo.

David pagó el *whisky* y se marchó de allí.

Dejó su coche en un solar, cerca de la calle Canal, y siguió su camino andando.

Una joven con mucha pintura en la cara le interrumpió el camino.

Le dio una palmadita en el brazo y siguió su camino.

Entró en Los Sótanos. Bajó por una escalera, encontrándose en el camino con una tonelada de humo. Pero lo pudo resistir tapándose la nariz.

Abajo sólo vio luces verdes, anaranjadas y azules y, entre la difusa atmósfera, le pareció que se movían algunos seres humanos.

Un brazo desnudo se enroscó en su cuello y unos labios silbaron en su oreja derecha:

—Eres demasiado hombre pero me gustas.

David sintió ganas de pegar un pisotón a la guapa muchacha al ver su cara. No debía tener más de dieciséis años.

—Nena, aceptaré una cita contigo.

—Estupendo.

—Cuando hayas despachado el biberón de la noche.

—Sapo —le insultó ella y se marchó bamboleando las caderas.

David se acercó al bar. Delante tenía a dos tipos con melenas. Iban vestidos con blusas de colores y pantalón tejano. Pero no supo a qué sexo pertenecían.

Se echó a un lado y se acodó en la barra.

Un tipo con mucha patilla y mucho bigote dijo algo por el agujero de la boca.

—*Whisky* —dijo David.

El peludo le sirvió el *whisky*.

—¿Cuánto es?

—Un dólar.

David pagó y, con el vaso en la mano, se volvió. Ya se había acostumbrado un poco a la atmósfera y podía ver a las personas que había allí. Los clientes no pasaban de los veinte años, aunque había alguno de cuarenta, pero eran tipos de cara desagradable.

Descubrió a Margaret. Estaba en compañía de dos muchachos. Los tres estaban muy serios y no decían nada. Tenían los ojos fijos en los que bailaban siguiendo el ritmo de la música que llegaba de los altavoces, en un tono increíblemente alto que hería los oídos. David se fue a aquella mesa.

—Margaret.

—Hola y adiós.

—Tengo que hablar contigo.

—Yo no tengo ganas de hablar con usted, birria.

—Es sobre tu madre.

—No quiero saber nada acerca de Peggy.

Uno de los muchachos hizo un movimiento.

David le puso la mano en el cuello.

—Nene, si sacas el cuchillo, te pego el golpe del conejo. Y te aseguro que vas a estar con el cuello escayolado por más de cuarenta días.

—¿Quién va a sacar un cuchillo?

—Ya lo tienes en la mano.

David apretó las vértebras y el muchacho chilló.

—Levanta la mano derecha —le ordenó Murray.

El joven la levantó. Efectivamente, manejaba un cuchillo de resorte, el cual todavía no había podido abrir.

—Déjalo sobre la mesa.

El muchacho obedeció y Margaret intervino:

—¿Por qué no deja quieto a John? Sólo hizo que defenderme.

—Conque éste es John White. Supongo que el otro es Paul Harrison.

—Si ya logró lo que deseaba, lárguese, mercenario.

—Tu madre ha muerto, Margaret.

El bonito rostro de Margaret permaneció inalterable mirando a David.

—¿Muerta?

—Sí.

—¿Un accidente?

—Asesinato.

—Peggy... ¿Asesinada?

—Así es.

Sacudió la cabeza ligeramente a un lado y a otro.

—Es increíble.

Sus dos amigos también estaban impasibles.

—¿Dónde estuviste, Margaret?

—¿Qué intenta insinuar?

—¿Dónde estuviste desde las siete, Margaret?

David seguía sujetando a John por el cuello y éste chilló ahora.

—¡Paul, pégale ya la cuchillada en el hígado!

Paul se levantó como un rayo. Tenía otro cuchillo de resorte en la mano. Era de cabello rubio y su cara parecía la de un loco.

—¡Sabueso, te voy a destripar!

David apretó más el cuello de John y el muchacho se vino hacia delante soltando un quejido. Casi se desmayó.

Entonces Murray hizo funcionar el resorte del cuchillo que había quitado a John y enseñó la hoja de acero.

—¿Qué quieres, Paul? ¿Que nos batamos como los mosqueteros? Lo haré si te gusta. Pero te advierto que te marcaré la cara y ya ninguna chica te mirará.

Paul Harrison se quedó indeciso.

Margaret gritó:

—¿Qué esperas, Paul?

Paul saltó sobre David pero éste burló el cuchillo que iba camino de su estómago y golpeó con la mano libre el cuello de Paul.

Harrison cayó de bruces sobre la mesa.

Murray se echó encima de él, le cogió por el cabello y, levantándole la cabeza, le golpeó la cara contra el tablero. Fue un golpe sordo pero duro, y Harrison quedó fuera de combate.

Margaret se levantó de la silla y echó a correr hacia la escalera.

David fue detrás mientras guardaba los cuchillos en la chaqueta.

La joven subía muy aprisa la escalera y David tuvo que imprimir velocidad a sus piernas.

Ya en la calle, David vio que Margaret le había sacado una ventaja de cinco metros. Corrió tras ella.

Margaret se metió en un coche deportivo, un «Jaguar», y se puso ante el volante.

David abrió la otra portezuela y se sentó dentro.

Margaret ya había puesto el coche en marcha y lo hizo arrancar pegando un salto.

—¿Adónde me vas a llevar? —preguntó David.

Ella no contestó.

El «Jaguar» cogió una curva haciendo chirriar los neumáticos y, al encontrarse en una calle casi desierta, Margaret apretó el acelerador. En pocos segundos, el «Jaguar» se puso a correr a setenta millas.

—Espera a que lleguemos a mi terreno, sabueso.

David cruzó los brazos.

—Siempre me han gustado estos bólidos.

—Esta vez no le va a gustar.

El coche llegó a una carretera de dos direcciones.

—Allá vamos, sabueso. Abróchese el cinturón.

—No hace falta.

—Se arrepentirá de haber dicho eso.

La aguja del velocímetro saltó a las ochenta millas y luego a las noventa. De esa forma, el vehículo se convirtió en un meteoro.

Llegaron a una curva y Margaret no apartó el pie del acelerador.

La curva era ancha y el coche se salió de la línea central y se metió en la otra calle, la de dirección contraria. Por fortuna, no venía ningún auto de frente. Sin embargo, Margaret siguió corriendo por ella.

David no hizo ningún comentario.

—Al final hay una rasante, sabueso... ¿sabe cómo llamamos a esto? La ruleta rusa. Voy a saltar por encima de la rasante a noventa millas por hora y, si por la otra parte viene otro coche, nos estrellaremos con él.

—¿Juegas mucho a eso?

—Oh, sí, cuando me aburro.

—Sólo quiero hacerte una pregunta.

—Hágala pronto. Estamos llegando a la rasante.

—¿Por qué quieres morir, Margaret?

—¿Quiere que se lo diga?

—Por eso te lo pregunto.

—Porque el mundo es un asco.

—Estoy de acuerdo en que lo es.

—¿Lo está?

—Sí, pero también considero que no es una razón para meterse en una fosa. Dame el volante.

—¡No!

David le soltó una bofetada mandándola contra la portezuela. Luego Murray cogió el volante.

Margaret se arrojó sobre él arañándole la cara.

David estaba tratando de llevar el coche a la otra calle pero Margaret no le dejaba. Le seguía arañando la cara pegando aullidos y ahora le metió el dedo en un ojo.

Por el otro lado de la rasante, David vio señales luminosas. Un coche se aproximaba y también debía marchar a gran velocidad. Se iban a estrellar.

CAPÍTULO VII

Margaret era víctima de un ataque de histerismo. Chillaba y chillaba encima de David, clavándole las uñas en la cara.

David le pegó un codazo en el hígado mandándola otra vez hacia la portezuela.

Justo en ese momento aparecieron los faros del otro coche por la rasante.

David pegó un tirón del volante hacia la derecha. Logró impedir la colisión. Pero el «Jaguar» se iba a salir de la carretera y dio otro tirón hacia la izquierda.

El vehículo se puso a danzar con chirridos siniestros sobre la pista.

David logró dominarlo y poco a poco fue disminuyendo la velocidad.

Vio un camino a la derecha, metió por allí el coche y frenó.

Margaret estaba apoyada contra la portezuela, sollozando.

David se miró la cara en el espejo retrovisor. Tenía arañadas la frente y las dos mejillas, y la sangre le goteaba.

Margaret se volvió pegando otro chillido para arrojarle encima de él.

David le puso las manos en los hombros y le soltó una bofetada con fuerza.

Margaret se quedó inmóvil, con los ojos muy abiertos.

David aprovechó aquel momento para sacar el pañuelo y limpiarse la sangre.

Margaret abrió la portezuela y saltó fuera.

David se apresuró a ir detrás.

Ella echó a correr hacia la pista.

David corrió más y atrapó a la joven. Esta vez no tuvo

contemplaciones y la tiró al suelo.

La joven rodó por la tierra y al quedar sentada chilló:

—¡Esto es lo que usted quería! ¡Por eso me trajo aquí!

David se echó a reír y lo hizo con ferocidad.

—¿Tú eres la que tienes asco del mundo?

—Sí.

—Pues te diré una cosa. Tú me das asco a mí.

Ella lo miró con la cabeza ladeada.

—Conozco a los de su clase.

—¿Ah, sí?

—Son unos embusteros... Trata de engatusarme.

—Tu madre ha muerto, Margaret. ¿Cómo quieres que te lo diga?

¿A gritos?

—No era mi madre.

David apretó los maxilares.

—Yo se lo dije a ella, Peggy no había sufrido para traerte al mundo —la apuntó con el dedo—. Y le dije eso porque yo le había preguntado algo.

—¿Qué le preguntó?

—Si tú la querías... y acabas de contestar. No, no la querías, Margaret... Te pasa lo mismo que al primer marido de Peggy. Estuve hablando con Richard esta misma noche. El la odiaba. Lo mismo que tú.

Margaret se levantó palmeándose la minifalda.

—Me ha arañado los muslos, sabueso.

—Eso te lo hiciste al caer. Pero lo que yo tengo en la cara lo hiciste con tus uñas.

—Debí sacarle los ojos.

—Puedes intentarlo otra vez.

—No me desafíe, birria.

—¿Qué pasó contigo, Margaret? Ahora te recuerdo mejor que antes. Te vi hace tres años. Eras una chica alegre... ¿Qué pasó contigo, Margaret?

—¡Le dije que me dejase en paz!

—No puedo dejarte en paz porque hay una mujer muerta entre tú y yo.

—Murió porque usted quiso.

—No, yo no quería que muriese. Y empiezo a pensar que soy el

único ser humano que estaba cerca de ella y que deseaba que viviese.

—Váyase a llorar al cementerio.

—¿Debo hacerlo sobre la tumba de Peggy?

—Llore en un lago, con los sauces al fondo, y será más romántico.

La joven se dirigió hacia el «Jaguar».

David fue detrás de ella y la tomó de un brazo cuando llegaban junto al coche. Le dio un empujón y la joven golpeó las espaldas contra el vehículo.

—Mírame a los ojos, Margaret.

Ella le miró a los ojos y de pronto le escupió en la cara.

David le soltó dos bofetadas.

—Es sólo un matón, sabueso.

—Es posible que sea un matón. Pero tú eres basura. —Ande, continúe divirtiéndose conmigo.

—Me pregunto si no es eso lo que tú buscas.

Margaret sonrió.

—Tiene un vocabulario muy exquisito.

—¿El que a ti te gusta?

—Es posible. Ande, empiece.

—¿Empezar el qué?

—Estrújeme entre sus brazos y bésame.

David se quedó quieto.

Margaret dio un paso hacia él y levantó los brazos en cruz.

—¿Qué está esperando, sabueso?

David le soltó una bofetada más fuerte que las de antes. Pero ella no se quejó, todo lo contrario, se puso a reír.

David se echó sobre ella y le apoyó una mano en el cuello.

—Margaret, ¿quién mató a tu madre?

—No lo sé.

—¿Dónde estuviste a partir de las siete?

—Por ahí.

—¿Dónde?

—Paseando.

—¿Por dónde paseaste?

—Por Central Park.

—¿Con quién?

—Sola.

—¿Y qué hacían Paul Harrison y John White entretanto?

—Yo no soy un sabueso. No sé lo que hacían.

—Uno de ellos pudo ir al teatro.

—¿Cómo murió mi madre?

—En el escenario.

—¿Supone que Paul Harrison o John White entró en el escenario para matar a Peggy?

—No hizo falta eso. El asesino envenenó un vaso de leche con cianuro. El vaso estaba fuera del escenario. Tu madre tenía que beber de ese vaso durante el cuadro final. Y el asesino dispuso de veinte minutos para meter el cianuro en el vaso...

—Bésame.

David le apretó más el cuello.

—No he dicho que me estrangules, bruto.

—Es lo que tengo ganas de hacer contigo. —Mientes. Estás deseando besarme. Lo leo en tus ojos.

—No hay nada de eso. Tengo las chicas que quiero. Nunca dejo que me elijan y tú no estás en mi lista.

—¡Maldito!

—Contéstame, ¿qué hacían Paul Harrison y John White mientras tú paseabas por Central Park?

—No lo sé.

—¿Dónde te encontraste con ellos?

—En Los Sótanos.

—¿A qué hora?

—Llegaron los dos juntos unos quince minutos antes que tú.

—¿No les preguntaste qué habían hecho durante la tarde?

—No.

—¿A qué hora llegaste tú a Los Sótanos?

—Más o menos a las ocho.

—¿Y estuviste todo el tiempo sola, hasta que tus amigos llegaron?

—Sí.

—No te creo una palabra.

—Por mí puedes ponerte una cuerda al cuello con una hermosa piedra y tirarte al fondo del mar.

—Pero yo voy a saber todo lo tuyo.

—¿Hasta el lunar que tengo en la cadera derecha?

—No me refería a eso y tú lo sabes. Volvamos a la ciudad.

—Yo conduciré.

—Se acabó la ruleta rusa. Tú vendrás a mi lado, y si intentas algo, te pegaré en la boca. Ocuparon el coche y David lo sacó del camino e inició el regreso.

Margaret estaba en el otro asiento, los brazos cruzados. Ladeó la cabeza hacia Murray y le sonrió.

—Tengo casi un millón de dólares.

—¿Quién te dijo eso?

—Peggy.

—¿Cuándo?

—El sabueso ya está pensando en una razón para el asesinato.

—Contesta. ¿Cuándo supiste lo del testamento de Peggy?

—Hace tres meses.

—¿Y qué harás con tanto dinero ahora, Margaret? ¿Lo repartirás para hacer feliz a la gente?

—No.

—¿No te interesa que el inundo deje de ser un asco? Con tu dinero puedes hacer felices a muchas personas que se consideran ahora desgraciadas.

—Que se vayan al cuerno.

—Así que todo será para ti.

—Desde luego.

—¿No compartirás nada con nadie?

—Con mis amigos.

—¿Con Paul Harrison y John White?

—Y con Roger Benson.

—¿Quién es Roger Benson?

—Un hombre maravilloso.

—¿A qué se dedica ese hombre maravilloso?

—No te lo voy a decir.

—¿Por qué no? ¿Es que roba carteras?

—Él está por encima de todas tus suciedades Tú eres un enano a su lado.

—¿Y qué mide él?

—No se trata de una medida física. Roger Benson es más bajo que tú.

—¿Y cuáles son sus maravillas?

—Tú no lo comprenderías nunca.

—Puedo hacer un esfuerzo.

—No, sabueso... Tú y él vivís en planetas distintos. Ya habían llegado a la ciudad y David dirigió el «Jaguar» donde había dejado su auto.

Detuvo el coche y miró a Margaret.

—¿Vas a asistir al funeral de Peggy?

—Claro, tengo que estar en la presidencia con Albert Marvin.

—Te veré allí.

—Me imagino que será inevitable.

—Del todo inevitable.

David saltó del coche.

—David, quiero hacerte una pregunta.

—Tú dirás.

—¿Cómo crees que estaré yo de luto en el funeral? —Estarás muy bonita para algunos. Para mí serás como una araña negra con una bolsa de veneno.

David cerró la portezuela de golpe y se fue por su coche.

CAPÍTULO VIII

Se iba a celebrar el funeral.

La policía intervenía ya en el caso.

David conocía al teniente de la Brigada, de Homicidios, Dean Holman, con el que se llevaba bien, pero no se podía decir lo mismo del sargento Erick Hudson. Éste no veía a David Murray con buenos ojos, y siempre que coincidían en algún caso, le manifestaba la más ferviente animosidad.

El laboratorio de la Policía había confirmado las conjeturas de David Murray. Peggy Brook había muerto bajo los efectos del cianuro.

Pero los policías no habían practicado ninguna detención, tras interrogar a las personas que se habían encontrado en el escenario durante la representación.

Como David Murray había sido uno de los interrogados, logró del teniente Holman le facilitase aquella relación de nombres, pero en ella no figuraba ninguno de los amigos de Margaret, Paul Harrison y John White.

El teniente y el investigador privado se habían reunido a solas en la biblioteca de la casa de Peggy Brook.

—¿Cuál es tu hipótesis, David?

—Pudo matarla mucha gente.

—Pero tendrás un favorito.

—No, no lo tengo, Dean.

—Yo sí.

—¿Y cuál es?

—El primer marido... No tenía por qué estar allí. No se habían visto en más de un año... ¿Sabes que Richard Foster tiene una amigueta?

—No, no lo sabía.

—Se llama Violette Porbint. Es una actriz de la televisión, una chica que empieza ahora. Aunque antes hizo de todo. Es bonita, veinticuatro años, rubia con ojos de ambiciosa.

—Hablé con Richard Foster y me dijo que había ido al teatro para ver fracasar a Peggy.

El teniente arrugó la nariz mientras daba un manotazo en el aire.

—Siempre he odiado las razones psicológicas. Nueve de cada diez veces huelen a podrido. ¿Por qué infiernos Richard Foster tenía necesidad de ir al teatro? Si Peggy Brook fracasaba en esa única representación de «La Dama de las Camelias», Foster lo habría sabido por la Prensa, por la Televisión o por cualquier amigo que hubiese estado presente en el teatro.

—Quiso cerciorarse por sí mismo.

—Es una fábula. Y suponiendo que fuese cierto, ¿por qué infiernos no estuvo en el patio de butacas? ¿Por qué se metió entre bastidores? ¿También necesitaba ver a Peggy de cerca? Si quería ver el fracaso de Peggy, habría estado mejor sentado en una butaca viéndola actuar. Entre cajas tenía muy poca oportunidad para juzgar si Peggy lo hacía bien o mal... Foster odiaba a Peggy Brook. Ahí tienes el primer motivo para matar. Pudo enterarse de que la heredaría. Ahí tienes el segundo motivo para matar. Comparte un apartamento con una amiguita, con la que ahora se puede casar gracias al dinero heredado. Ahí tienes el tercer motivo para matar. Richard Foster, al estar detrás del telón, tuvo más oportunidad que nadie para meter el cianuro en el vaso. ¡Y ya terminé mi relato!

—Hermoso. Pero si estás tan seguro, ¿por qué no detienes a Richard Foster?

—Porque me falta la prueba.

—¿Y cómo la vas a conseguir?

—No lo sé. Pero mis hombres están trabajando sin descanso para conseguirla.

El sargento Erick Hudson entró sin llamar. Vio a Murray e hizo un gesto de amargura.

—¿Algo nuevo, Erick? —le preguntó el teniente.

—Sí, jefe. Acabo de hablar con la hija —miró a Murray—. Ese sabueso hizo las cosas muy mal.

—¿A qué te refieres, Erick?

—Murray trató de abusar de ella.

Hubo un silencio.

El sargento se dirigió a David.

—Le voy a deshacer la cara, Murray.

—¡Quieto, sargento! —gritó David.

Pero la orden llegaba demasiado tarde.

El sargento ya había disparado el puño. Pero éste no llegó a su objetivo, la cara de David.

El investigador privado se agachó rápidamente. Dejó pasar el puño del sargento por su hombro y luego lanzó su derecha de abajo arriba.

El sargento Hudson recibió el golpe en el maxilar inferior y voló por el aire. Cayó sobre la alfombra y dio una vuelta de campana. Pero no perdió el conocimiento y se levantó enseguida.

—¡Esto lo va a pagar, Murray!

Fue a correr sobre el investigador pero el teniente se interpuso en su camino.

—¡Te dije que te estuvieses quieto, sargento!

Los ojos de Erick estaban inyectados en sangre.

—¿Es que no oyó, teniente? Quiso propasarse con una menor. Y esta vez tengo la evidencia.

—¿Cuál es la evidencia?

—Ella me enseñó sus piernas llenas de cardenales y arañazos...

—apuntó con la mano a David—. Y Margaret Brook también me dijo que se tuvo que defender como Una gata. Fíjese en la cara de este bastardo. La tiene marcada por las uñas de ella.

El teniente clavó los ojos en los de Murray.

—¿Qué fue lo que dijiste con respecto a los arañazos de tu cara, David?

—No te dije nada.

—Dilo ahora:

David se pasó un dedo por la nariz. Aquella situación había sido provocada por Margaret Brook. Era un diablo. Sintió que le palpitaban las arterias del cuello.

—No tengo nada que explicar, Dean.

El sargento gritó:

—¿Lo ha oído, teniente? Es una confesión. Trató de abusar de la

pobre chica.

—Sargento —dijo David—, quiero darle un consejo. Cómprese un chupete.

Erick Hudson saltó junto al teniente para flanquearlo, pero su jefe le detuvo atrapándole por la chaqueta.

—¡Te dije que te estuvieses quieto, sargento!

—¿Es que no le va a ajustar las cuentas a este tipejo?

—Primero contesta a una pregunta, Erick. ¿La señorita Brook hizo una denuncia formal contra Murray?

Hudson se pasó la lengua por los labios.

—¡Contesta, Erick! ¿Fue una denuncia?

—No, yo traté de convencerla para que le denunciase, pero ella no quiso.

—¿Por qué no?

—Según la chica, ya hay demasiada publicidad con la muerte de su madre para que ahora se agregue la de ella.

—Entonces lo olvidarás.

—¿Olvidarlo?

—Eso dije.

—No, teniente. Usted me puede dar órdenes, pero no me puede obligar a que olvide una determinada cosa.

El sargento se pasó un pañuelo por la comisura de la boca donde tenía sangre. Vio la mancha roja del pañuelo y dijo a David:

—Habrás un segundo *round*.

—Los que usted quiera, sargento —le contestó David—. Y le puedo facilitar el lugar. Hay un gimnasio en la Calle 42, y no le costará nada el alquiler de los guantes. Yo cargo con los gastos.

El teniente chilló:

—¡David, estás hablando con un policía! Deja de comprometerlo. Y tú, sargento, ¿qué noticias me traes de Richard Foster?

—Está con su amiguita.

—¿Dónde?

—En su apartamento de la Calle 73 Este.

—¿Quiénes los están vigilando?

—Karrigan y Tracy. Llamaron hace un momento para decir que todo estaba en orden.

—De acuerdo. Adelántate con los demás hombres a la empresa

de pompas fúnebres.

—De acuerdo, teniente —asintió Hudson y, después de dirigir tana furiosa mirada a David, salió de la estancia.

El teniente se enfrentó con Murray.

—¿Qué pasó entre tú y Margaret?

—¿Es que la vas a creer?

—Quiero oír tus explicaciones.

—No hay nada de verdad en lo que ella dijo. Margaret es una muchacha desequilibrada... Está en malas compañías, y me temo que lo habrá estado durante los últimos años. Pero con eso no la disculpo. Es su cerebro el que no marcha bien.

Le contó al teniente aquel juego de la ruleta rusa y lo que había pasado entre él y la muchacha.

Holman sacudió la cabeza cuando David hubo terminado.

—No pudo ser ella. Nadie la vio en el teatro. Tendremos que aceptar su explicación de que estuvo en Central Park.

David comentó:

—Hay algo que no encaja.

—¿Qué cosa?

—El aviso previo a la muerte por teléfono.

—Para mí encaja perfectamente.

—Convénceme.

—Richard Foster quiso que Peggy lo supiese.

—¿Por qué?

—Porque la odiaba... Acabas de decir que Margaret Brook es una desequilibrada. Foster está más desequilibrado todavía. Siempre ha sido un borracho... Es el hombre que yo tengo que capturar y lo capturaré. ¿Vienes al funeral?

—Peggy era mi amiga y no puedo faltar.

Salieron de la biblioteca.

En ese momento bajaban la escalera Margaret Brook y Albert Marvin.

Los dos iban de luto.

Margaret lucía un vestido que hacía resaltar su belleza. Era un vestido de punto que se amoldaba a su figura. Y el escote lucía un bonito encaje. Se colgaba del brazo de Marvin.

Al llegar abajo, los ojos de Margaret se encontraron con los de Murray, que se había detenido con el teniente.

David descubrió en aquellos ojos toda la maldad que poseía aquella joven. Parecía decirle: «Eres un tonto porque yo soy la ganadora».

—Vamos, querida —dijo Albert y continuaron su camino hacia la salida de la casa.

El teniente y David se separaron porque Murray viajó en su propio coche conducido por Frank Hopper.

—¿Cómo van las cosas? —preguntó Frank.

—Estoy a oscuras.

—Yo apuesto por el segundo marido. Ese Albert Marvin no me gusta nada.

—No basta con que no te guste una persona para que sea un asesino.

—Pero tuvo la oportunidad de meter el cianuro.

—Mucha gente la tuvo.

—Es Albert Marvin quien hereda un cuarenta por ciento de un millón y medio de dólares.

—Podrías acertar, pero tus argumentos sirven de poco. Éste es un maldito caso, Frank. Medio centenar de personas tuvieron oportunidad para meter el cianuro en el vaso de leche. Nunca tuve en mis manos una investigación tan enrevesada.

* * *

Se estaba celebrando el funeral.

David Murray vio que el sargento Hudson se acercaba al teniente y le hablaba al oído. Holman hizo un gesto de sorpresa y luego sonrió.

Ambos se dirigieron hacia el exterior y David los siguió.

—¿Pasa algo, teniente?

—Ya lo tenemos.

—¿A quién?

—¿A quién va a ser? A Richard Foster.

—¿Consiguió la prueba?

—Completa.

—¿En qué consiste?

El sargento sacó un papel del bolsillo y se lo entregó al teniente, quien después de examinarlo, dijo:

—Ésta es la prueba. Richard Foster compró en el almacén de Douglas Bourton cierto producto para matarlos ratones que había en su apartamento. Y ese producto contiene mucho cianuro. ¿Satisfecho, David?

—No está mal.

—Pero te falta saber algo, David.

—¿Qué es ello?

—Richard Foster se fugó cuando Karrigan y Tracy fueron a detenerlo. Huyó por la escalera de incendios después de golpear a mis muchachos. Pero no tardará en caer en nuestras manos. Vamos, sargento. Hay que capturar al asesino de Peggy Brook.

Los dos policías marcharon en su coche.

David quedó pensativo ante la puerta de la funeraria.

Frank se le acercó.

—He oído lo que dijo el teniente y me ha decepcionado. Yo apostaría por Albert Marvin —dio un suspiro—. En fin, ya dejó de ser enrevesado el caso, ¿verdad, jefe?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabe?

—Todavía no estoy seguro de que fuese Richard Foster.

—¿Por qué no?

—Para matar hace falta coraje y Richard Foster no lo pudo reunir ni con el alcohol. Nosotros también nos vamos.

—¿En busca de Richard Foster?

—No, eso es asunto de la Policía. Nosotros vamos en busca de un tipo maravilloso.

CAPÍTULO IX

¿Roger Benson?

—No, no le conozco.

Murray estaba hablando con Alex Calvet, un pintor que tenía su estudio en Greenwich Village.

La puerta se abrió y entró una bonita joven.

—Hola, Jacqueline —la saludó el pintor.

Ella traía un paquete con alimentos. Besó a Alex en los labios.

El pintor hizo las presentaciones.

—Jacqueline —dijo Alex—, mi amigo Murray me preguntó por Roger Benson. ¿Has oído hablar de él?

—Sí, pero le aconsejo que se aparte de Benson, señor Murray.

—¿Por qué he de apartarme?

—Es un tipo muy extraño. Influye en muchas personas y le puedo asegurar que su influencia es nefasta. Benson se hace llamar a sí mismo El Gran Abuelo. Tiene sólo veintiséis o veintisiete años. Explica una extraña doctrina. Uno de sus principios es que la tierra es de todos y el cielo de los pájaros.

—Muy poético.

—No le resultará tan poético si le viese los ojos.

—¿Qué le pasan a sus ojos?

—Refleja la maldad en ellos.

—¿Y cuántos adeptos tiene El Gran Abuelo?

—Una docena. Puede que dos.

—¿Exige algo de sus discípulos?

—No puedo informarle a ese respecto.

—¿Dónde podría encontrar a Benson? Debo verlo. Es importante.

—Tiene una choza en la calle Sugar. Mejor dicho, en un callejón

que debe caer por el número 1500 o algo así.

—Sabré encontrarlo.

—No se fíe demasiado de él.

—No me voy a fiar de Benson. Gracias por la información.

David había prescindido esta vez de Frank Hooper porque encargó a éste se diese una vuelta por la comisaría para saber cómo iban las cosas con Richard Foster.

Condujo el coche hasta el número 1500 de la calle Sugar y, después de aparcarlo, continuó el camino a pie.

Llegó al callejón. Era sucio y maloliente, embarrado.

Vio una cancela. Más allá, había un campo en donde crecían algunas hortalizas. Parecía bien cuidado y al fondo estaba la casa.

Tres muchachos estaban en el porche. Des chicos y una chica. Ellos tenían la barba crecida. Todos se cubrían con pantalones cortos y camisas de colores chillones.

David abrió la cancela y se acercó al porche.

Los tres muchachos le dedicaron su atención.

David se detuvo y preguntó:

—¿Roger Benson?

Ninguno le contestó.

David fue a subir al porche pero uno de los muchachos que había en la escalera alargó una pierna impidiéndole el paso.

—No le dijimos que entrase.

—Pero yo tengo que ver a Roger Benson.

—¿Para qué?

—Lo discutiremos él y yo.

—Nada de eso.

—Estoy cumpliendo un trabajo.

La muchacha, una pelirroja, levantó la cara y se pasó la lengua por los labios mirando a David con insistencia.

—Es un cobrador, Henry.

—¿Cómo lo sabes, Jean?

—Porque tiene cara de cobrador. ¿Verdad que es usted cobrador, señor?

—No, no soy un cobrador.

—Qué decepción. Si hubiese sido un cobrador, ya le hubiese dado un anticipo. Me gusta besar a los cobradores... ¿Verdad que me gusta besar a los cobradores, Henry?

—Sí, todos los cobradores que se llegan por aquí, se llevan un buen lote de besos de Jean. Y la mayoría vuelven.

El otro muchacho, el que no había hablado todavía, estaba sacando punta con una navaja a un trozo de madera. Sin mirar a Murray, inquirió:

—¿Cómo ha dicho que se llamaba?

—No lo he dicho.

—Pues dígalo ahora.

—David Murray.

—Y si no es cobrador, ¿a qué se dedica?

—Soy investigador privado.

Los dos muchachos se miraron y Henry dijo:

—Leo, ¿qué es lo que hace un investigador privado? —Investiga en los basureros.

—¿Es esto un basurero, Leo?

—No, esto es un templo con un hermoso jardín.

Henry sonrió a David.

—Ya lo ha oído, señor Murray. Esto no es un basurero. Meta en otra parte su cochina nariz.

Jean se puso en pie y se plantó delante de David, muy cerca.

—No sea usted investigador privado. Debe renunciar. Usted es un hombre muy hermoso. Debe ser cobrador. Prométame que cuando sea cobrador vendrá aquí y yo le daré muchos besos.

—Puedes adelantarle uno porque el hombre se va a hacer cobrador. ¿Verdad, señor Murray? —sonrió Henry.

Jean se puso de puntillas y apoyó una mano en el hombro de David, con la evidente intención de besarle en la boca. Pero David la cogió por la cintura y la levantó cambiándola de sitio. Luego pegó un puntapié en la pierna de Henry.

—Habláis como idiotas.

Leo pegó un salto y apuntó con la hoja de acero hacia David.

—No estuvo bien eso, Murray. La chica le quería dar besos. ¿Qué clase de bicho es usted que no se deja besar por una chica tan buena como Jean?

—No vine aquí en busca de besos.

Henry se estaba frotando la pierna.

—Me ha hecho daño, investigador.

—Vine a hablar con Roger Benson y no me marcharé hasta que

lo haya conseguido.

Leo sonrió. Por un momento, pareció que iba a atacar a David con el cuchillo pero se detuvo.

—Adelante —dijo—, pase al interior de nuestro templo. En él encontrará al Gran Abuelo.

A David no le gustó nada aquella invitación porque la sonrisa de Leo era fría como el hielo, y sus dientes amenazantes como una guillotina.

Sin embargo se dirigió hacia la puerta que estaba entornada y la empujó. La puerta se abrió con un chirrido.

Vio una habitación en donde no había ningún mueble, tan sólo pieles de ovejas por el suelo, y en las paredes descubrió algunos cuadros, con extrañas figuras geométricas de pintura fosforescente.

Había unas cortinas al fondo y las abrió. Le llegó a la nariz el olor del incienso.

Ante sí tenía un corredor muy oscuro. Sólo al final se veía una pequeña luz. Caminó lentamente escuchando, con atención.

De pronto oyó música de órgano.

Se detuvo un instante escuchando la pieza. Era solemne, majestuosa. No la había oído nunca, aunque en algunos momentos parecía una burda imitación del estilo de Bach.

Reanudó el camino.

La luz se fue agrandando.

El corredor desembocaba en una gran sala. La luz provenía de una hornacina.

El resto de la sala estaba a oscuras.

Oyó una voz.

—Oh, Luz del Demonio Naciente, ilumina a tus elegidos y fulmina a tus enemigos Danos fuerzas para contener a todos los que quieren nuestra desgracia.

Aquella voz llegaba por la izquierda y David se movió hacia allí.

No vio nada porque todo era como una mancha de tinta.

Se iluminó un gran foco en la parte superior y el círculo de luz cayó sobre un hombre que sólo se cubría con un taparrabos de piel de leopardo, sentado, con las piernas cruzadas en el suelo, sobre un mullido cojín.

David se acercó al extraño individuo, el cual parecía no haberse dado cuenta de su presencia.

—Oh, Gran Demonio Naciente. No dejes que se acerquen demasiado nuestros enemigos... Pero si alguno de ellos llega próximo, arroja sobre él tu fuego para consumirlo.

David se detuvo detrás del sujeto y murmuró:

—Dile a tu demonio que me mande un poco de fuego para encender mi cigarrillo.

El otro movió lentamente la cabeza.

David sacó un cigarrillo y se lo puso en los labios.

—¿Qué estás esperando, sumo sacerdote? ¿O debo llamarte Gran Abuelo?

—Sí, yo soy El Gran Abuelo —tenía una gran barba de color rojizo—. ¿Eres un profanador?

—No estoy profanando nada. Sólo vine a hablar contigo, Roger Benson.

—Yo no soy Roger Benson.

—Tengo entendido que El Gran Abuelo es Roger Benson.

—Soy sólo El Gran Abuelo.

Benson se levantó furioso. La cola de leopardo se arrastró por el suelo. De pronto dio un salto hacia la derecha. Sus ojos adquirieron un brillo especial, un brillo que David conocía bien, el que había visto en personas con la mente perturbada.

—¡Tú eres nuestro enemigo, extranjero!

—Soy David Murray, un investigador privado.

—¡La desgracia caerá sobre ti!

—Sabré sobrellevarla. Y ahora hablemos como personas, Benson. Estás metido en un crimen.

—¿Quién de tu sucio mundo te envía?

—Peggy Brook.

—¿Peggy Brook?

—No me digas que no la conoces.

Benson se puso una mano en la frente y cerró los ojos. En esa posición recitó como un actor.

—Quiero tu luz para que pueda traspasar la mente de este ser... Oh, Demonio Naciente, dame el poder para que este impío se convenza de que no se puede ir contra ti, ni contra ninguno de tus humildes adoradores.

—Benson, deja el teatro para cuando tengas una sesión con tus retrasados mentales. Benson apartó la mano de su cara.

—¿Qué estás diciendo, extranjero?

—Tengo entendido que una de tus discípulas es Margaret Brook.

—Sí, lo es.

—Y también sabes que ella era la hija adoptiva de Peggy Brook, la actriz.

—Yo no desconozco nada porque la luz del Demonio Naciente ilumina las células de todo mi sistema nervioso. Y por ello, el alcance de mi cerebro es superior a los cerebros de los no creyentes.

—Bravo, estás haciendo una gran actuación. Pero dime. ¿Qué va a ganar el Demonio Naciente con el asesinato de Peggy Brook?

—¿Hablas de sangre?

—Hablo de crimen.

—¡Impío...! ¡Fuera de aquí!

—¿Qué esperas de Margaret Brook?

—No te contestaré.

—Margaret va a heredar la mitad de un millón y medio de dólares. Anda, dime, Gran Abuelo, ¿seguirás vistiendo con taparrabos? ¿O te comprarás un yate y te irás a la Costa Azul porque tu Demonio Naciente te ha dicho que allí encontrarás los mejores placeres?

—¡No te voy a escuchar un segundo más...! ¡Profanación! ¡Profanación...! ¡A mí, discípulos!

Se encendió otro foco que iluminó a una docena de muchachos, unos siete chicos y cinco chicas.

A David le habría parecido, en otras circunstancias, los componentes de un *ballet* que fuese a iniciar un número de una comedia musical de Broadway.

Todos manejaban cuchillos.

Claro, esto también habría podido formar parte de ese *ballet*.

La música del órgano se hizo más intensa.

¡Y David Murray era la estrella del *espectáculo*! Aunque, gustosamente, habría renunciado al papel pesque no tuvo la menor duda de que el número musical acabaría con su acuchillamiento.

—¡Discípulos! —gritó Benson—. ¡Debéis castigar al profanador!

Los doce muchachos se pusieron en marcha.

David descubrió entre ellos a Leo, a Henry y a Jean, y era ésta la que iba al frente del grupo.

—Eh, Jean, cambié de profesión. Ya soy el cobrador. Sólo me

puedes dar besitos.

—Te daré un beso.

—Qué amable.

—En la cuchillada y mientras viertas la sangre.

David consideró que estaba perdido.

CAPÍTULO X

David Murray retrocedió dos pasos.

Sacó uno de los cuchillos que tenía en el bolsillo, pero ni siquiera la posesión del arma mejoraba su situación porque tenía que enfrentarse a doce.

Por ello puso en marcha una artimaña.

Saltó sobre Benson y logró atraparle por el cuello y lo apretó contra sí. En la siguiente fracción de segundo, le puso la hoja de acero en la nuez.

—Si tus discípulos dan un paso más hacia mí, te degüello como un cerdo.

—¡Deteneos, muchachos!

La decisión de Benson había sido rápida. Los doce muchachos se detuvieron y fueron borrando poco a poco aquella sonrisa, dejando paso a una expresión de estupidez porque no sabían lo que hacer.

David le habló a Benson al oído:

—Eso estuvo bien, Gran Abuelo.

—¡Lárgate ahora, extranjero!

—No, todavía no. Hemos de hablar.

—No puedo decir lo que a ti te guste.

—No se trata de lo que a mí me guste, sino de la verdad.

—La verdad sólo pertenece al Demonio Naciente.

—Déjate de paparruchas. No estás hablando con uno de esos infelices del cuchillito.

—¡Sigues profanando nuestro templo!

—Benson, si no me contestas, te voy a rebanar la nuez.

Algunos de los muchachos se movieron.

—Quietos —les dijo David—, o hacemos un partido de fútbol con la cabeza del Gran Abuelo.

—¡No os mováis, discípulos! —les gritó Benson porque la hoja de David había penetrado en su cuello y unas gotas de sangre le resbalaron por la piel.

—Benson, yo sé lo que pasó con la muerte de Peggy Brook.

—Si lo sabes, ¿por qué viniste aquí, extranjero?

—Para que tú me lo confirmes. ¿Quién mató a Peggy Brook?

—No sé nada de eso.

—¿A cuál de tus discípulos elegiste para meter el cianuro en el vaso de leche?

—No sé de qué me hablas.

—¿Cuál de ellos, Benson?

—¿Qué quieres que te diga?

—Ya te lo advertí. Sólo la verdad.

—No tenemos nada que ver con la muerte de Peggy Brook.

—Mientes. Tú piensas apoderarte de la herencia de Margaret.

—No necesito su dinero ni el de nadie. Nosotros estamos por encima de los bienes terrenales.

—De modo que si ella te regala cien dólares, tú los rechazarías.

—Sí.

—No te lo creería ni aunque tu Demonio Naciente me lo cantase con música de órgano.

—¿Por quién quieres que te jure que somos inocentes de ese crimen?

David arrastró a Benson hacia el corredor.

Tres muchachos intentaron ir detrás.

—¡Quietos ahí! —dijo Murray.

—¡Obedecedle! —gritó Benson.

Los tres chicos se detuvieron.

David siguió caminando, llevando consigo a Benson.

Se movieron por el corredor donde no había nadie.

Llegaron hasta la puerta de la habitación en donde estaban las pieles de ovejas y los cuadros de pintura fosforescente.

—Benson, no he visto entre tus discípulos a Paul Harrison ni a John White.

—No sé quiénes son.

—Amigos de Margaret.

—No conozco a todos los amigos de Margaret.

—¿No son ellos discípulos tuyos?

—No.

—¿Cuándo vendrá aquí Margaret?

—No lo sé.

—¿Te pusiste en contacto con ella después de la muerte de su madre?

—Me llamó por teléfono.

—¿Para qué?

—Para anunciarme la muerte de Peggy.

—¿Estuvo ella aquí ayer por la tarde?

—No, no estuvo. Vino por última vez anteayer.

—¿Para qué?

—Para la gran ceremonia.

—¿Qué es eso de la gran ceremonia?

—Íbamos a admitir a un nuevo discípulo. Todos los de nuestra familia deben estar presentes, a no ser que una causa de fuerza mayor se lo impida. Margaret también vino.

—¿Sola?

—Sí.

—Benson, todavía no estoy seguro de que no estés relacionado con la muerte de Peggy Brook. Pero, si lo estás, voy a terminar contigo y con tu Demonio Naciente.

—No lo intente, extranjero.

David le soltó un empujón mandándole al centro de la estancia.

Benson se volvió rabioso.

—Acepta una recomendación, extranjero. No vuelvas por aquí.

—No pienso volver. Pero si lo hago será para hacerte pagar el asesinato de Peggy Brook.

David abrió la puerta y salió al porche. No había nadie.

Sólo respiró tranquilo cuando se encontró en el interior de su coche.

De repente algo se apoyó en su nuca. Supo lo que era. El cañón de un revólver.

—Quieto, señor Murray.

David miró en el espejo retrovisor y vio reflejado en él a un tipo que se cubría la cabeza con una media.

—Pon las manos en el volante, Murray, y arranca el coche, pero con cuidado.

—Lo haré con mucha suavidad.

—Así me gusta. Que obedezcas.

—¿Y a dónde vamos?

—Te lo diré en el momento oportuno.

David puso el motor en marcha e hizo correr el auto. Ahora se arrepintió de no haber traído consigo a Frank Hooper. Tenía que distraer al asesino.

—Esta mala jugada es de Benson.

—¿Benson?

—¿El Gran Abuelo?

—No sé quién es.

—Entonces, ¿por cuenta de quién trabajas?

—Hay cosas que no necesitas saber. Gira el volante a la derecha.

David giró el volante en la dirección requerida.

—Eso está bien —rió el otro a través de la media. David apartó la mano izquierda del volante.

—Cuidado, no hagas eso —le advirtió el hombre de la media.

—Sólo quiero sacar un cigarrillo.

—Pon la mano en el volante y olvídate del tabaco. Es malo. Produce el cáncer.

—¿Qué eres tú? ¿Inspector de Sanidad?

—Para ti soy inspector del matadero.

—Me gustaría saber por qué me quieres matar.

—Olvidalo.

—Eres un asesino profesional. Cobras un precio por cada trabajo.

—Tú eres un tipo muy listo. Sí, te van a dar el primer premio por inteligente.

—Dime una cosa. ¿Mataste a Peggy Brook?

—¿Yo, matar a una mujer? No mato a mujeres.

—Claro, eres todo un caballero.

—Las mujeres son unos juguetes muy monos —se echó a reír con estridencia y a David le pareció la risa de un loco homicida—. Sólo las quiero para jugar.

—¿Y cuántos juguetes tienes?

—Te asombraría.

—Asómbrame.

—Tres. Tengo tres mujeres.

—Caramba, eres un tipo sensacional. Tres mujercitas para ti

solo. Debes tener una buena colección de medias.

—Ese chiste fue bueno —rió el otro—. Palabra que fue muy bueno.

David desvió bruscamente el volante al tiempo que se agachaba.

Sonó un disparo a sus espaldas y sintió calor en el cuello. La bala se había enterrado en el asiento. Se estaba dando mucha prisa en abrir. Todo lo había combinado y sabía que un fallo lo conduciría a la muerte. Logró abrir la portezuela y se echó por el hueco y rodó por la tierra.

El vehículo fue a chocar contra un árbol.

Oyó otro estampido.

Miró a sus espaldas y vio que la portezuela se abría y que el desconocido salía tambaleándose. Tenía que haber recibido un golpe.

Luego el fulano cayó de rodillas y se derrumbó de bruces.

David corrió a su lado y le quitó la pistola. La media que cubría la cabeza del asesino se estaba llenando de sangre. Había un buen motivo para ello. Tenía el cráneo fracturado, ya estaba muerto.

CAPÍTULO XI

El teniente Holman dio un suspiro.

—Acertaste, David. Era un asesino profesional, Aquí tienes su ficha. Se llamaba William Perkins, aunque utilizó cinco nombres más. Lo buscaba la policía de seis Estados. Lástima que muriese sin decir nada.

David dio una chupada al cigarrillo y, mientras expulsaba el humo, sacudió la cabeza.

—Yo lo siento tanto como tú, Dean. Pero debe de servir para algo.

—¿Para qué?

—Para demostrarte que Foster no lo hizo.

—¿Por qué?

—¿Piensas que Foster pagó a William Perkins para que me matase?

—Pudo hacerlo antes de que nosotros tratásemos de meterle mano. Tú hablaste con él en aquel bar. Lo acusaste del crimen. Foster es de la clase de tipo que podría estar relacionado con gentuza como William Perkins. Se ha pasado años y años embriagándose.

—Imagino que no podré quitarte eso de la cabeza.

—No, no me lo podrás quitar.

—Entonces, hasta la vista.

David se dispuso a salir de la habitación de la comisaría donde se encontraba con el teniente.

—Espera un momento, David.

—¿Qué quieres, Holman?

—Me gustaría que no enredases más.

—¿Por qué no? Tú crees que Foster es el asesino, y estoy seguro

de que caerá en tus manos muy pronto. Te puedo dar mi palabra de que yo no voy a seguir a Foster. Por tanto, no voy a interferir. Tu sargento puede estar tranquilo.

—No se trata de mi sargento.

—¿Qué es entonces?

—Estás molestando a demasiada gente.

—¿Quieres defender los derechos constitucionales del Gran Abuelo?

—Me hizo una llamada para protestar del asalto a su templo.

—Y me va a quitar el sueño.

—¡Maldita sea, David! El Gran Abuelo, o el gran farsante, tiene derecho a predicar lo que quiera, siempre que no atente contra las demás personas. Y hasta ahora ningún ciudadano denunció a Roger Benson por desmanes.

—Te he dicho que doce muchachos trataron de acuchillarme.

—Sí, me lo has dicho. Pero ellos hacían eso porque tú tenías al Gran Abuelo listo para rebanarle la nuez.

—No, teniente. Fue al contrario. Ellos me habrían acuchillado si yo no hubiese atrapado al Gran Abuelo.

—Pero fuiste allí y entraste en su templo.

—En su porquería... Teniente, ¿es que vas a proteger a un tipo que invoca el Demonio Naciente para luchar contra los impíos?

Dean Holman chasqueó la lengua en un gesto de exasperación.

—Los policías estamos para defender a todos los ciudadanos, sin distinción de razas ni de religión. ¡Y para nosotros, no hay ninguna religión de porquería!

—Lo tendré en cuenta, gran papaíto.

El teniente se quedó con la boca abierta. Fue a protestar pero no tuvo tiempo de decir nada porque David había salido.

El investigador privado casi chocó con el sargento Hudson que se disponía a entrar. David evitó el encuentro y quiso seguir andando pero Erick le puso una mano en el hombro como una zarpa.

David volvió la cabeza y miró aquella mano.

—Sargento, ¿quiere quitar de ahí sus morcillas?

Hudson apartó su mano y sonrió apretando los dientes.

—Ya me dijeron que estuvieron a punto de rajarle la barriga.

—Pero no le di ese gusto, sargento. Todavía tendrá que esperar

un rato para ver cómo son mis tripas.

—¿Para quién trabaja? ¿Para Foster?

—No. Y usted lo sabe. Yo sólo quiero atrapar al asesino de Peggy Brook.

—Es Foster.

—Puede que sí y puede que no.

—No se haga el tipo importante conmigo.

—Usted lo dice todo.

—Un día de éstos le voy a bajar los humos, Murray.

—¿En el gimnasio? —sonrió David también con ferocidad—. Ya sabe que aceptaré ese combate.

—Cuando quiera.

—Lo esperaré con muchas ganas.

David se marchó de allí, y se dirigió a su oficina.

Sus tres secretarias saltaron de las mesas cuando lo vieron entrar.

—Jefe, Frank nos dijo que intentaron matarle —dijo Elizabeth.

—¿Le hicieron daño? —preguntó Doris;

—¡Dios mío! Tiene la cara arañada —exclamó Susan.

David contestó sin detenerse.

—Fue una mujer.

Las tres frenaron su carrera tras de Murray y, después de cambiar una mirada, gritaron lo mismo.

—¡Una mujer!

David abrió la puerta de su despacho y, volviéndose hacia sus secretarias, dijo:

—Sí, muchachas, una mujer que me puso la cara así porque no quise aceptar nada de ella. —Hinchó los pulmones de aire—. ¡Y ahora basta de comadreo! Todas adentro. Hay que trabajar.

Entró en el despacho dejando la puerta abierta.

Poco después entraron sus tres secretarias. Cada una de ellas llevaba un cuaderno y un bolígrafo.

David se había sentado en el sillón giratorio.

—Doris, mi ración.

Doris fue hacia él y se inclinó para besarlo.

—No, cariño. Te pido mi ración de *whisky*.

David bebió un trago.

Las tres jóvenes se habían sentado en sendos sillones, las piernas

cruzadas y, como las tres llevaban minifalda, exhibían unos remos sensacionales.

—Os contaré toda la historia —dijo el investigador.

Así trabajaba David Murray. Hacía un resumen del caso ante sus tres jóvenes secretarias antes de discutir con ellas. Había descubierto que eso era mucho mejor que pensar en voz alta, entre otras cosas, porque ellas eran muy bonitas, muy atractivas, y era el mejor auditorio que podía reunir. Lo prefería a cualquier club de corazones solitarios.

Cuando hubo terminado de relatar el caso de la muerte de Peggy Brook, dijo:

—Bien, nenas, se abre la ventanilla de sugerencias.

Ninguna de ellas habló.

Murray las miró con reconvención.

—Eh, chicas, esto es importante. A vuestro jefe lo quisieron dejar ciego, trataron de acuchillarlo y, por último, alguien le quiso saltar la tapa de los sesos. Si el asesino sigue libre no me extrañaría nada que tuvieseis que buscar otro trabajo.

Quería activar las células grises de sus tres estupendas secretarias.

La morena Elizabeth fue la que rompió el fuego.

—¿Y si los «polis» tuviesen razón y fuese Foster?

Murray hizo rodar el vaso de *whisky* sobre las palmas de sus manos.

—Yo no colocaría un solo dólar sobre Foster.

—¿Por qué no?

—Ya S2 lo dije a Frank.

—Pero a nosotras no nos lo dijo.

—Claro que sí. Os he contado mi encuentro con Foster en el tabernucho del callejón, Foster es un tipo sin coraje.

—¿Quiere decir que los «polis» estaban haciendo un trabajo inútil al ir en pos de él?

—Sí.

—¿Por qué huyó entonces de su casa?

—Por el miedo, Elizabeth y, eso concuerda con la idea que yo tengo del coraje de Foster.

La rubia platino Doris levantó una manita.

—Adelante, rica —la animó David.

—Margaret Brook. Ella es la asesina.

—¿Por qué?

—Es ella quien va a sacar la mayor tajada, y su relación con el Gran Abuelo la coloca en un lugar destacado de la carrera. Ya sé que ella no lo pudo hacer porque no estaba en el teatro. Pero Margaret es un diablo y, ahí está su cara para disipar toda duda. Quiero decir que Margaret se valió de otra persona, de uno de sus amigos, Paul Harrison o John White, para que metiesen el cianuro en el vaso de leche. O quizá engatusó a uno de los discípulos del Gran Abuelo, puesto que ella forma parte de esa familia de chiflados que adoran al Demonio Naciente.

Susan, la pelirroja, intervino:

—No creo que fuese Margaret Brook.

David le dirigió una alentadora mirada.

—¿Por qué no, Susan?

—En todos los casos de investigación criminal que usted ha llevado, la persona que ha sacado la mayor tajada ha resultado inocente. Y eso mismo pasa en las películas y en las novelas policíacas. La persona que resulta más sospechosa, nunca es la culpable.

—¿Y quién es el culpable para ti?

—Yo no tengo duda de que es el actual marido. También se lleva él una buena tajadita, puesto que tiene el cuarenta por ciento de la herencia de su mujer.

David se pasó una mano por los labios para ocultar una sonrisa. Susan era la más ingenua de las tres. Pero, infiernos, tenía más probabilidades que las demás de acertar. Podía equivocarse, después de todo, con respecto a Foster. Eso era lo malo de una investigación, que uno podía quemar todas las conjeturas en la chimenea como desperdicios.

Elizabeth había votado por Richard Foster, el primer marido de Peggy Brook. Doris había votado por Margaret Brook, la hija adoptiva de Peggy Brook. Susan había votado por Albert Marvin, el segundo marido de Peggy Brook.

Se quedó pensativo, mirando al techo.

Faltaba una pieza del rompecabezas. ¿Era eso cierto o sólo una excusa por su parte para enmascarar un fracaso?

Frank Hopper llamó en la puerta y entró.

Al ver a las muchachas con las piernas cruzadas, emitió un silbido.

—Jefe, deberían verlo ahora los periodistas con sus tres secretarias. Se morirían de envidia. Es lo que dicen ellos. ¿Por qué habiendo tan pocas como ellas, tiene que tener usted tres?

—Cada uno tiene lo que se merece, Frank. Recuérдалo.

—Sí, señor.

—Dame las últimas noticias de la Brigada de Homicidios.

—No han podido atrapar a Foster. Se ha convertido en humo.

En ese momento sonó uno de los cuatro teléfonos que había sobre la mesa de David. El número estaba en la guía.

David miró a Elizabeth y fue ella la que descolgó.

—Oficina del señor Murray... ¿Quién ha dicho...? —Dio un respingo y cubrió el receptor—. Jefe, mi favorito está en la otra línea. El mismísimo Richard Foster.

David atrapó el auricular que Elizabeth le alargaba.

—¿Foster?

—Sí, señor Murray.

—¿Qué quiere, Foster?

—Sé quién es el asesino.

—La policía está convencida de que es usted —tenía que apretarle las clavijas.

—Yo soy inocente, señor Murray.

—Tendrá que demostrarlo.

—Puedo demostrarlo diciendo quién es el culpable.

—De acuerdo Foster. Dígalo.

—No, así no. Necesito dinero.

—Yo no soy un Banco.

—Usted está interesado en descubrir al asesino. ¿No es verdad, señor Murray?

—Sí.

—Usted me dará el dinero que le pida y luego se reembolsará con uno de sus herederos.

—¿Cuánto quiere? Pero no se vaya por las nubes.

—Dos mil dólares.

—No está mal.

—Es lo que necesito para escapar.

—De acuerdo. Le llevaré los dos mil dólares. Dígame adónde.

—¿Conoce la estación de autobuses de Maryland?

—Sí.

—Estaré en los servicios de aseo. Tiene media hora para llegar aquí.

—Puedo pillar un atasco.

—No esperaré más de treinta minutos, señor Murray —contestó Foster y colgó.

David también colgó y se puso en pie. Miró a Elizabeth.

—Muchacha, tu favorito dice que no lo hizo y que sabe quién es el asesino. Voy con él ahora.

—Yo le acompañaré, jefe —dijo Frank.

—No, tú te quedas.

—Pueden intentar su muerte otra vez.

—Son gajes del oficio —repuso David y abandonó la oficina.

CAPÍTULO XII

David aparcó el coche y consultó su reloj.

Le había llevado treinta y cinco minutos llegar hasta la estación de autobuses de Maryland. Si Richard Foster no había ampliado su espera, ya no estaría en los servicios de aseo.

Había estado observando el espejo retrovisor durante el camino, asegurándose de que nadie le seguía.

Se detuvo un par de veces ahora para comprobar que ningún coche sospechoso había entrado después que él en el aparcamiento.

Y otra vez se detuvo en la estación de autobuses y estuvo observando un escaparate donde se exhibían prendas íntimas de mujer. Para entretenerse, pensó cuál de ellas le sentaría mejor a Susan, a Elizabeth y a Doris.

Al fin se decidió a entrar.

Había un gran gentío en la sala y largas colas en determinadas taquillas, donde se vendían los billetes para distintos lugares de las proximidades de Nueva York.

Fue a los cuartos de aseo.

Al entrar se encontró con un gordo que llevaba gafas oscuras.

David, una vez en el interior, vio a un tipo que se lavaba las manos. Había media docena de cuartitos.

En el último de la fila observó un cartel en el que se leía: «Cerrado. Fuera de servicio». No tuvo duda de que en él se encontraba Richard Foster.

Para disimular, también se lavó las manos, y fue al cuarto del final que tenía el cartelito.

Llamó con los nudillos.

—¿Foster?

No le contestó nadie.

Puso la mano en el tirador y lo hizo girar. La puerta cedió a su impulso. No, Foster no se había ido después de los treinta minutos que le había concedido para llegar desde su oficina.

Estaría allí hasta que lo sacasen con los pies por delante.

Lo habían degollado. Tenía una raja en el cuello, sobre la nuez, de donde le seguía saliendo la sangre. Sus ojos estaban abiertos, desorbitados. David se inclinó sobre él y se los cerró piadosamente.

Luego lo registró, pero el asesino era previsor y se había llevado la documentación. Sólo le había dejado unas monedas.

David salió y cerró la puerta.

Limpió el tirador con el pañuelo.

Abandonó los cuartos de aseo, se metió en una de las cabinas telefónicas y marcó el número directo de su oficina.

Frank cogió el aparato.

—Aquí el jefe, muchacho.

—¿Ya sabe quién es el asesino?

—No, hubo otra víctima.

—¿Foster?

—Sí.

—¿Más cianuro?

—Esta vez fue el cuchillo. Lo degollaron.

—¿Cuchillo? Entonces está claro. Los amigos de Margaret y los discípulos del Gran Abuelo manejan el cuchillo a todas horas.

—No pienses en eso. Dame la dirección de Foster. Quiero hablar con Violette.

Frank se la dio y agregó el número telefónico.

—Jefe, si ella no está en su casa, puede estar en los estudios de la televisión. Tenía esta semana un rodaje.

Frank agregó la dirección del Estudio.

David vio por los cristales a una persona conocida. A Albert Marvin, el viudo de Peggy Brook.

—Frank, hay sorpresa.

—¿Qué pasa?

—Estoy viendo a Albert Marvin.

—Demonios, entonces él ha asesinado a Foster.

—Ya te lo diré —dijo David y colgó.

Salió de la cabina.

Albert Marvin se había dirigido al puesto de Prensa y estaba

comprando un diario.

David se puso detrás de Marvin, el cual estaba observando la primera página, casi enteramente dedicada al asesinato de la actriz.

—Hola.

Marvin se volvió bruscamente.

—¿Usted, señor Murray?

—En carne y hueso.

—¿Por qué me está siguiendo?

—No lo he seguido. Ha sido pura coincidencia que nos encontremos. ¿A qué ha venido a la estación de Maryland?

—No le contestaré.

—Éste no es un interrogatorio oficial, señor Marvin.

—Ya lo sé, y por eso quiero que me deje en paz.

—No puedo dejarlo en paz cuando hay una víctima de por medio.

—Oiga, Murray, yo siento más que usted la muerte de Peggy. ¿O es que me encuentra sospechoso?

—Sí, señor Marvin. Usted es sospechoso y ahora lo es más.

—¿Porque estoy en una estación de autobuses?

—Porque ha podido matar a otra persona.

—No le entiendo.

—Han asesinado a Richard Foster.

David estaba mirando atentamente el rostro de Marvin.

—¿A Foster?

—Pregúnteme ahora a qué Foster me refiero.

—Me imagino que se trata de Richard Foster.

—¿Dónde tiene el cuchillo, Marvin?

—¿Qué cuchillo?

—El que le sirvió para degollarlo.

—¡Dios mío!

—Usted lo asesinó, Marvin.

—¡Yo no lo hice!

—¿A qué vino aquí? Dígallo de una vez. Ahora no puede callar.

Marvin sacó un pañuelo que se pasó por la frente.

—Foster me hizo una llamada telefónica.

—¿Para qué?

—Me dijo que conocía la identidad del asesino.

—¿Qué más?

—Me pidió cinco mil dólares.

—¿Por silenciar lo que sabía acerca de usted?

—No, señor Murray. Me pidió cinco mil dólares porque los necesitaba para huir. A cambio, identificaría la persona que asesinó a Peggy.

David se mordió el labio inferior. Era posible que Marvin estuviese diciendo la verdad. Al fin y al cabo, Foster había empleado el mismo sistema con ambos. Los citó en aquella estación de autobuses y, a cambio de una cantidad de dinero, diría el nombre del asesino. Y su muerte significaba que no había engañado a nadie.

David descubrió a otro de los personajes de aquella tragedia, ¿o debería decir comedia...? ¡A Margaret Brook!

La joven ya no llevaba el vestido negro que se había puesto para el funeral. Ahora lucía otro modelito menos oscuro.

Margaret todavía no se había dado cuenta de la presencia de ellos, pero Marvin también había reparado en la hija adoptiva de Peggy.

—¿Qué hace aquí ella, señor Murray?

—¿No se lo imagina, Marvin?

—¿Quiere decir que también Foster la telefoneó?

—Se lo preguntaremos.

David recorrió la distancia que lo separaba de Margaret y la cogió por el brazo.

La joven volvió la cabeza y al ver a David se estremeció.

—Hola, sabueso.

—Hola, bonita.

—Parece que el mundo es un pañuelo para nosotros dos, David.

—Eso lo han dicho antes que tú. ¿Vas a emprender algún viaje?

—No.

—¿Y por qué estás aquí?

—Por Richard Foster. Me citó.

—¿En los cuartos de aseo de los hombres?

—No seas bastardo. En la tercera ventanilla.

—¿Y cuánto dinero le traes?

La joven parpadeó.

—¿Qué sabes de eso, David?

—Todo lo que hay que saber.

—Me pidió cinco mil dólares.

—Y a cambio no te acusaría ante la policía.

—No seas estúpido. Me iba a decir el nombre del asesino. Y ahora, con tu permiso, te agradecería que te alejases. Quiero conocer a la persona que mató a Peggy.

—Te has vuelto de pronto muy justiciera.

—He reflexionado.

—¿Sobre qué? ¿Sobre el bien y el mal?

—He hecho cosas feas.

—¿Es una de ellas el haber mentido a la policía acerca de cierto investigador privado que se propasó contigo?

Margaret levantó la barbilla.

—¿Por qué no dejas de ser sarcástico?

—Acostumbro a hacerlo cuando la muerte está demasiado cerca de mí.

—¿Crees que lo está ahora?

—Sí, Margaret. No hace falta que vayas a la tercera ventanilla porque Richard Foster nunca acudirá a la cita. Lo mataron.

La joven guardó silencio.

David señaló hacia el lugar donde estaba Marvin.

—Ahí tienes a Albert.

—¿Qué hace aquí?

—Lo mismo que tú y que yo. Richard Foster nos citó a todos para sacarnos dinero por decimos quién mató a Peggy. Naturalmente, no nos citó al mismo tiempo. Cada uno a su hora. Debí elegir otra oficina de pago, pero quizá no le habría servido porque su verdugo lo tenía atrapado:

—¿Qué va a pasar ahora?

—Reúnete con Albert. Yo tengo que avisar a la policía.

—Yo me iré a casa.

—No, tú no te irás. La víctima te citó aquí, lo mismo que a nosotros, y cada uno debe cargar con su mochuelo. Pero no te preocupes. No creo que los «polis» te entretengan demasiado.

Veinte minutos más tarde los de la Brigada de Homicidios estaban en la estación de autobuses.

El sargento Hudson se puso muy furioso con David Murray.

—Le dije que dejase a Foster.

—Lo dejé en paz. Fue él quien me llamó.

—Usted debió llamarnos y nosotros hubiéramos impedido su muerte.

—No, sargento. No hubiese podido impedir nada.

El teniente tuvo que intervenir para cortar aquella discusión.

—Sargento, olvide ahora a Murray y ocúpese de interrogar a las personas que pudieron tener acceso a los cuartos de aseo.

Los de la Brigada estaban utilizando dos oficinas independientes que habían puesto a su disposición. En una estaba Murray y en otra Albert Marvin y Margaret Brook.

El teniente pasaba de un cuarto a otro para hacer sus interrogatorios.

David se había sentado en un sillón y dejaba pasar el tiempo mientras fumaba un cigarrillo tras de otro.

Finalmente el teniente se reunió con él.

—Quedas libre, David.

Murray se levantó y, cuando se dirigía hacia la puerta, el teniente Holman dijo:

—Quisiera conocer tu opinión sobre la identidad del asesino.

—No lo conozco —dijo David y salió.

CAPÍTULO XIII

David Murray estaba en los estudios de la televisión.

Había logrado entrar fácilmente. Conocía a uno de los ejecutivos de la empresa, para el que había hecho un trabajo hacía un par de años. Así supo que Violette Porbint estaba trabajando en el plato número 7, donde rodaban un telefilme de la serie *Los Cuatro Valientes*, del Oeste.

Se cruzó con vaqueros rudos, con indios, con un tipo que llevaba una placa de comisario y, quizá por la afinidad, detuvo a éste.

—Oiga, estoy buscando a Violette Porbint.

—Está junto al barril de dinamita que tiene que hacer estallar con un cigarro. —Entonces tendré que darme prisa.

El actor que hacía el papel de comisario rió el chiste.

David vio un sótano en donde había mucha mercancía y barriles.

Allí había una joven muy mona, de unos veintidós o veintitrés años, de cabello rubio. Sus ojos eran muy hermosos, grandes, de un color verde. Y el teniente Holman había tenido razón al decir que eran ojos de ambiciosa.

—¿Cómo está, Violette?

La joven arrugó el ceño.

—¿Quién es usted?

—David Murray, investigador privado.

—Bata las alas y aléjese, pájaro.

—No da facilidades.

—Nunca las doy a los tipos entrometidos.

David sacó su paquete de cigarrillos y encendió un fósforo.

—Cuidado, pájaro, puede hacernos volar por el aire. En este barril hay pólvora.

—Descuide, quiero seguir viviendo.

—Lo mismo le digo.

—Pero todos los días mueren muchos que opinan como nosotros. Por ejemplo, ahí tiene a Richard Foster. Tan vivo ayer y tan muerto hoy.

Violette lo miró fijamente.

—¿Qué intenta con ese truco?

—No es un truco. A Richard lo degollaron como a una res en los cuartos de aseo de la estación de Maryland, no hace más de dos horas...

El rostro de Violette empalideció.

—No es posible... —Se apretó las sienes con la mano.

—Foster debió de ponerse en contacto con usted poco antes de que lo asesinasen.

—¿Para qué iba a hacer eso?

—Para decirle que iba a ganar mucho dinero.

Violette se rehízo enseguida.

—Lárguese.

—Richard citó a varias personas allí. Y yo fui una de ellas. Las otras eran Albert Marvin y Margaret Brook, y todos debíamos entregarle cierta cantidad de dinero a cambio del nombre del asesino de Peggy Brook.

—No sé nada.

—Tiene que saberlo.

—¿Por qué?

—Richard Foster pensaba huir con usted cuando lograra el dinero.

—Se equivoca.

—¿En qué parte me equivoco?

—Yo no pensaba huir con Richard.

—¿Lo iba a dejar plantado?

—Le advertí que no iría con él. Eso no es plantar a nadie. Se había convertido en un fugitivo de la justicia.

—Pero él no había matado a Peggy Brook.

—Eso no importaba. El caso es que la policía perseguía a Richard por ese delito. —¿Quién la metió en la profesión?

—Richard hizo muy poco por mí. Me presentó a algunos amigos, pero yo tuve que hacer el resto, lo más importante. Si una chica vale, la siguen contratando y, si no vale, la echan como se arroja la

basura a un callejón.

—Usted no es basura. Tiene una linda fachada.

—Oiga señor Murray, en esta profesión hay chicas con linda fachada a puñados. Si yo sigo adelante es porque he demostrado algo más. Que sé actuar.

—Así que iba a dejar a Richard Foster.

—Lo habría dejado más pronto o más tarde.

—Pero iba a ser ahora.

—No por culpa mía.

—Volvamos a la llamada telefónica que le hizo Foster. Y no me diga que no es cierto porque estoy seguro de que Foster le llamó desde la estación de autobuses.

—Está bien. Me hizo la llamada.

—¿Qué le dijo?

—Que iba a tener mucho dinero. Me habló de usted, de Margaret, del señor Marvin. Todos le iban a entregar una cantidad. Pero Foster era pobre de espíritu hasta en eso. —Según usted, iba a vender su mercancía demasiado barata.

—Desde luego.

—Está bien, Violette. Tengo aquí los dos mil dólares que Richard Foster me pidió. Se los daré a usted. Y mañana le entregaré otros dos mil. ¿Quién asesinó a Peggy Brook?

La joven se echó a reír.

—¿A mí me pagaría el doble?

David también le sonrió.

—Usted sabe vender la mercancía mejor que Foster, Violette.

—Me gustaría ganar ese dinero.

—Pues acéptelo.

—No puedo.

—¿Por qué no?

—Foster no me dijo el nombre del asesino.

—¿Espera que la crea eso?

—Es asunto suyo creerme o no creerme.

—Oiga, Violette, es muy peligroso lo que está pensando.

—¿Y qué estoy pensando?

—Chantajear al asesino.

—Usted se cree muy listo.

—A veces dicen que lo soy.

—Pues esta vez no lo es ni pizca. Foster no me dijo nada acerca de la persona que mató a Peggy Brook y yo no le animé a que me lo dijese porque no quería verme envuelta en el crimen. Yo sólo pienso en mi carrera, señor Murray. Todos me han dicho que tengo un buen futuro.

David sacudió la cabeza.

—De acuerdo, Violette. La creo.

—Gracias.

—Y le deseo suerte en su profesión.

—La tendré.

David le hizo un saludo con la mano y se apartó de la joven.

Se encontró otra vez con el actor de la placa.

—¿Ya vio a Violette?

—Sí, y hablé con ella. A propósito, se me olvidó preguntarle cuándo terminan el rodaje hoy.

—Sólo nos queda una escena, pero como habrá que rodarla varias veces, creo que acabaremos dentro de una hora.

David le dio las gracias y se fue al restaurante de los estudios.

Comió allí, bebió dos tazas de café y fumó dos cigarrillos. Luego se fue al aparcamiento, se metió en su coche y esperó.

Pasaban quince minutos de la hora señalada por el actor cuando lo vio salir, hablando con otros hombres. Todos ellos se dirigían al aparcamiento.

Luego salieron varias chicas y por fin lo hizo Violette Brook. Ella iba sola. Caminó aprisa.

David se deslizó en el coche para que Violette no lo pudiese ver porque iba a pasar cerca.

Luego se enderezó otra vez.

La joven se metió en un «Ford», modelo de dos años atrás, y lo puso en marcha.

David esperó a que el «Ford» se alejase para salir detrás, dejando que dos vehículos se interpusiesen entre ambos, pero luego se tuvo que dar mucha prisa porque Violette desapareció.

Por fortuna, la joven se tuvo que detener ante un semáforo en rojo y eso dio oportunidad a David para reducir la distancia. Sin embargo, no quería acercarse demasiado.

Después Violette se dirigió hacia el oeste de la ciudad.

Tras veinte minutos de carrera Violette detuvo el coche ante un

moderno edificio de apartamentos, frente a Manhattan.

El aparcamiento estaba señalizado con rayas amarillas, y con números, y cada uno debía corresponder a un apartamento.

David esperó a que Violette descendiese y entrase en el edificio.

Dejó el coche a un lado de la acera y caminó hacia el lugar donde Violette había dejado el «Ford».

No podía ver el número que estaba cubierto por el vehículo pero el de al lado estaba vacío. Era el 183. Así pues, Violette había dejado el coche en el 184.

Se metió también en el edificio. Uno de los cuatro ascensores estaba funcionando y quizá Violette viajaba en él.

Gracias al tablero luminoso vio que el ascensor se detenía en el piso 14.

Se acercó a los buzones y observó que el 184 correspondía a un nombre que él conocía. James Kissner.

CAPÍTULO XIV

David Murray abandonó el ascensor en el piso 14.

Echó a andar por un corredor hasta detenerse ante la puerta marcada con el número 184.

Tenía un juego de llaves maestras para un caso de emergencia y abrió aquella puerta silenciosamente.

En el *living* no había nadie.

Pasó al interior y cerró con la misma suavidad.

Oyó voces procedentes de una habitación, cuya puerta estaba abierta.

—Yo lo sé todo, Kisser —dijo Violette.

—No, cariño, tú no sabes nada —le contestó el actor.

—Eras el amante de Peggy Brook.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Foster lo sabía. Al regresar a Nueva York, quiso tener noticias de su ex esposa. Creo que Foster nunca pudo olvidarla. La odiaba demasiado para ello. No sé cómo pude soportar a Foster. Siempre me estaba hablando de Peggy... Quiso saberlo todo acerca de ella y por eso se pasaba mucho tiempo vigilándola. Y así se enteró de que Peggy venía a este edificio un par de veces por semana. ¿Para qué? Para encontrarse con un hombre que era diez años menor que ella.

—Te voy a admitir eso. Ella y yo nos queríamos. ¿Qué pasa?

—Tú la mataste.

—¿Por qué iba a matarla si la quería?

—Quizá porque ella no estaba dispuesta a casarse contigo.

Hubo un silencio y Violette se echó a reír.

—¿He dado en la diana, querido James?

—No, no has dado en la diana. Yo no la maté.

—Déjate de disimular conmigo. Foster sabía que tú eras el

asesino. Trató de vender su información a Margaret Brook, a Albert Marvin y a ese investigador privado...

—Vaya, eligió a muchos clientes.

—Quizá te quiso vender a ti primero la información. Pero tú no estabas dispuesto a pagarle la cantidad que él quería o no tenías los miles de dólares que él te pidió. Por eso se decidió a llamar a otros compradores.

—Sólo dices barbaridades.

—Tú metiste el cianuro en el vaso de leche.

—Los polis no dicen eso.

—Los polis se empeñaron en que el asesino metió el cianuro en el vaso de leche mientras estuvo en la bandeja, fuera del escenario, entre cajas, y ellos ignoran que la leche estaba limpia cuando el regidor, el señor Dennis, la dejó en la bandeja. Querido, debes estar orgulloso de tu hazaña. Le tomaste el pelo a todos. Cielos, echaste el Cianuro en el vaso de leche delante de centenares de espectadores. Allí mismo, en el escenario, en plena representación, cuando Peggy Brook estaba en su lecho de muerte. Debiste disfrutar pensando en que la muerte de Margarita iba a ser tan real como no lo habría podido soñar el propio Alejandro Dumas.

Kisser se echó a reír.

—¿De qué te ríes? ¿Lo encuentras gracioso? —preguntó Violette.

—Sí, mucho.

—¿Dónde está lo divertido?

—En la situación que existía entre Peggy y yo... Sólo venía aquí buscando mi amor. Eso era lo único que quería de mí, pero yo me había enamorado locamente de ella. Le pedí que se casase conmigo y, ¿sabes lo que Peggy dijo? Que yo sólo trataba de aprovecharme de su fama. ¿Lo entiendes? Yo era un pobre actor y quería a Peggy Brook para llegar pronto a la cumbre. Yo le decía que eso era secundario, que me consideraba un buen actor y que no necesitaba su nombre para ser alguien importante en Broadway, que la quería a ella por ella misma. Y Peggy se reía de mí mientras me acariciaba. Un día me llegó a decir que yo era para ella como un perrito.

—Págame.

—¿Eh?

—Me tendrás que pagar por mi silencio, James.

—¿Cuánto?

—Cinco mil dólares ahora.

—No tengo cinco mil dólares.

—Seré generosa contigo. Te daré un par de días.

—¿Y luego?

—Vas a trabajar mucho en el teatro, en el cine y en la televisión, perrito. Gracias a la muerte de Peggy Brook tu nombre ha salido a grandes titulares en los periódicos... «Peggy Brook murió envenenada en brazos de James Kisser»... «El último beso de Peggy Brook tiene un nombre: James Kisser»... «Los labios de James Kisser besaron a una Peggy Brook moribunda»...

—He leído eso. He comprado todos los periódicos.

—Sigamos hablando de dinero. Me pagarás cierta cantidad al mes. ¿Te parece bien quinientos?

—¿Es que me vas a estar chantajeando toda la vida?

—Sí, perrito.

—No, cariño. Yo no lo voy a consentir.

—Lo consentirás.

Hubo un silencio.

David había recorrido ya la distancia que le separaba de la puerta pero se tuvo que detener al oír a Violette.

—Cuidado, James, se te puede disparar.

James rió de una forma que a David no le gustó nada.

—Y si se dispara, la bala se enterrará en tu pecho, Violette, porque es justamente donde apunto.

—No lo harás, James.

—¿Por qué crees que no?

—El disparo se oiría en los otros apartamentos.

—Ahogaré el estampido con el almohadón.

—No, James, no lo harás.

—Dame otra razón para que no lo haga.

—¿Qué harías con mi cadáver?

—Eso ya lo tengo pensado. Esperaré a que sea de noche y te sacaré de aquí. Estamos junto al río. Conozco un par de lugares donde arrojarle con un buen peso en el saco. Te aseguro que será una buena tumba para ti.

—¡No, James!

—Cariño, yo no te mandé llamar. Has sido tú la que has venido a comprometerme.

—¡Espera, James!

—¿Algún recuerdo especial para un familiar querido?

—Seré tu amiga.

—¿Mi amiga? No, no quiero amigas de tu clase... También Foster quiso ser mi amigo pero da la casualidad de que impuso las mismas condiciones que tú. Un canallesco chantaje. No, cariño. Degollé a Foster y te voy a mandar con él. Os amabais mucho y debéis seguir juntos en el más allá.

—¡No puedes mancharte las manos con tanta sangre!

—Lo de Peggy fue un placer. Sólo la quería matar a ella. Y te aseguro que fui feliz cuando se lo anuncié por teléfono... «Señora Brook, va a morir muy pronto»... Qué hermosas palabras... Me había hecho trabajar con ella en *La Dama de las Camelias*. Y luego de eso. ¿Sabes lo que iba a hacer? Abandonarme. Sí, ya estaba cansada de su perrito, como ella decía. Pero yo no lo podía consentir. Sólo habría matado a Peggy, pero el estúpido de Foster lo estropeó. Y ahora lo has estropeado tú.

—¡Por lo que más quieras, James, no me mates!

—Tú has querido que te mate, cariño.

—¡No, James!

David entró por el hueco con la pistola en la mano.

—¡Quieto, James!

James se disponía a disparar sobre Violette pero se volvió al oír al investigador privado.

Murray vio que James iba a disparar, y él lo hizo antes.

La bala golpeó contra el pecho de James Kisser en el momento en que hacía fuego.

David oyó el chasquido del proyectil a sus espaldas.

Luego James cayó hacia atrás y ya no se levantó.

Violette emitió un largo chillido histérico, y se dejó caer de rodillas en el suelo.

* * *

David entró en su oficina con dos grandes cajas de cartón envueltas en papel de brillantes colores.

Sus tres secretarias lo miraron.

—¿Murió James Kisser? —preguntó Doris.

—Sí, pero antes hizo una confesión completa. Contrató a William Perkins, el asesino profesional, para liquidarme. Kissler me tomó miedo cuando le presioné en el escenario.

—¿Qué le dijo el sargento Hudson? —preguntó Elizabeth.

—Me dio su mano llena de morcillas y yo se la acepté. Fue una hermosa reconciliación.

Susan fue la tercera en preguntar.

—¿Qué me dice de Margaret Brook, jefe? Seguro que ella consiguió una invitación de usted para que la lleve a cenar.

—No tuve tiempo para eso porque anduve de compras. Eh, muchachas, ¿cuál de vosotras va a preguntar qué es lo que tengo en estas malditas cajas?

—¿El qué? —preguntaron las tres al mismo tiempo.

—Bikinis. Cuatro para cada una de vosotras... Podéis elegir.

Las tres jóvenes se lanzaron sobre Murray al mismo tiempo, y éste tuvo que dejar caer las cajas en el suelo para no ser arrollado.

Doris, Elizabeth y Susan abrieron las cajas a zarpazos y empezaron a extraer aquellas piecitas de tela y a ponérselas sobre el vestido mientras armaban un gran jaleo.

—¿Para qué estos bikinis, jefe? —preguntó Elizabeth.

—Ninguna de vosotras se ganaría la vida como investigadora privada. Tengo cuatro pasajes para Miami.

La voz de Frank se oyó desde la puerta.

—¿Y yo qué hago, jefe?

—Tú te quedas en la oficina para atender las llamadas. No todos podemos disfrutar de vacaciones.

Las tres jóvenes secretarias, pegando chillidos, se arrojaron sobre David Murray y éste retrocedió con las manos por delante:

—¡No, por favor...! ¡De una en una...! ¡De una en una!

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).